BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

INTRIGA EN LA GALAXIA

glenn parrish

CIENCIA FICCION



Intriga en la galaxia
Glenn Parrish

La Conquista del Espacio/130

CAPÍTULO PRIMERO

Silbando alegremente, Norman Kyne regresaba a su casa, a la vez que pensaba en la frase con la que iba a saludar al profesor Romney.

—¿Qué le diré? —se preguntaba—. Bueno, ya se ha acabado eso de dos solterones recalcitrantes; uno de ellos, al menos, está a punto de ser cazado definitivamente... Algo así tendré que decirle, claro; aunque quizá sea un poco prematuro...

Norman Kyne andaba en amoríos con una encantadora muchacha de la vecindad, sobre cuyo ánimo creía haber causado favorable impresión. Kyne rondaba ya los treinta años y el profesor Romney, con el cual vivía desde los catorce, no cesaba de apremiarle para que se casara.

—Te vas haciendo ya mayor, lo que no significa que seas viejo, ni mucho menos —era una de las constantes del profesor, apenas tocaban el tema del matrimonio—. Y ya sabes que el gobierno mundial favorece la natalidad, con premios por cada hijo...

—Hace algunos siglos, lo que los gobiernos de la Tierra querían era que no naciese más gente —refunfuñaba Kyne cada vez que el profesor sacaba el tema a relucir.

Las discusiones solían agotarse por la repetición de los argumentos. Entonces la emprendían con algún tema científico de interés, siempre que Romney no estaba de viaje, lo que, por su condición de oceanógrafo solía suceder con notoria frecuencia.

Kyne quería sinceramente a aquel todavía no viejo, pero sí gruñón científico, que le había recogido a los catorce años, tras la muerte de sus padres en un trágico accidente. Romney le había prohijado y se había preocupado de sus estudios, logrando que el muchacho se convirtiese en un reputado ingeniero físico a los veintidós años.

—Ahora le daré la buena noticia —se decía—. Unos días más y Helen y yo formalizaremos el compromiso...

A lo lejos, cerrando casi el horizonte, se veía una serie de colinas, cubiertas de vegetación. Kyne ni se la miraba apenas; contemplar todo lo que quedaba de San Francisco era espectáculo que no merecía su atención.

La casa estaba ya a unos pasos, de arquitectura sencilla y positivamente funcional. El robot-sirviente percibió su presencia a veinte pasos y se precipitó a abrirle la puerta.

—Hola, Philip —saludó el joven alegremente—. ¿Dónde está ese viejo carcamal del profesor?

—En su despacho, señor —contestó el robot con grave acento.

Kyne le dio una palmada en su duro hombro de metal.

—Te funcionan bien los detectores de seres humanos, ¿eh? Bueno, bueno, alégrate; quizá dentro de poco tendremos que grabarte en tus circuitos el potencial eléctrico cerebral de la futura señora Kyne.

—Será un placer detectarla a cincuenta pasos, señor —aseguró el robot, con su invariable tono de voz.

—Gracias, Philip; eres el dechado de los mayordomos mecánicos. Por favor, ¿quieres llevar dos copas al despacho? El «profe» y yo vamos a celebrarlo como se merece.

—Sí, señor.

Sin dejar de silbar, Kyne se acercó al despacho y abrió la puerta.

—«Profe» —llamó—. ¡Cu, cu!

Romney tenía los ojos clavados en unos papeles situados sobre la mesa. Sin levantar la vista siquiera, exclamó:

—Déjate de sandeces, muchacho. Entra, tengo que contar te algo de la mayor importancia.

—También yo tengo algo que decirle muy importante, Jack. —

Muchas veces, Kyne usaba el nombre propio al dirigirse al profesor—. ¿Sabe?, usted me ha reprochado siempre mi soltería y...
—Tu soltería es una minucia comparado con lo que le puede pasar a la Tierra —rezongó Romney, sin quitar la vista de aquellos documentos—. Estamos a punto de ser invadidos por unos seres extraterrestres, Norman.

* * *

Kyne se quedó boquiabierto al escuchar aquellas palabras. Ni siquiera se acordó de tomar la copa que el robot había servido con su proverbial discreción.
—«Profe», por favor, que éstos no son tiempos de bromas con invasores extraterrestres —dijo por fin, cuando se sintió en condiciones de articular las palabras.
La mano de Romney, adecuadamente cerrada, golpeó la mesa con furia.
—¡Te digo que es la verdad, Norman! —bramó—. No es un asunto para ser tomado a broma. Las gráficas que he tomado durante mi último viaje oceanográfico así lo indican. ¿Quieres mirarlas, por favor?
Kyne se dio cuenta de que el profesor no bromeaba. «Puede que esté equivocado —se dijo—, pero, en todo caso, no tiene ganas de juerga.»
Y dio la vuelta a la mesa. Un pequeño puntero en la mano de Romney señalaba las líneas irregulares que indicaban las mediciones de las cotas de profundidad, tomadas por la sonda desde el barco oceanográfico en el cual se había pasado seis meses.
—Mira —dijo Romney—, mira estas líneas.
—Sí, ya veo. ¿Y...?
—Aquí, en este sector, el fondo es relativamente liso en una extensión de veinte o veinticinco kilómetros cuadrados, aproximadamente un paralelogramo de cinco kilómetros de largo, por cuatro de ancho..., medidas aproximadas, por supuesto...

—Sí, sí, ya sé. Pero, continúe, por favor —rogó el joven repentinamente interesado.
—La sonda batimétrica que usamos es extremadamente precisa; señala relieves de hasta veinte centímetros. O diferencias de nivel, como quieras llamarlo. Mira aquí en este sector. Dime qué ves, Norman.
—Parece una serie de colinas romas, casi semicilíndricas...
—Pero todas iguales ¿no es verdad?
—Pues... sí... Es como si estuviese viendo de perfil una serie de monedas enterradas en la tierra hasta un sesenta por ciento de su diámetro.
—¡Exacto! —gritó Romney triunfalmente—. Tú lo has dicho Norman: lo que vemos es un arco de circunferencia, un segmento de círculo, cuya flecha, de prolongarse, resultaría un diámetro. Pero como queda cortada por la cuerda de ese segmento, su longitud total es, muy aproximadamente, el cuarenta por ciento de ese diámetro.
—De acuerdo, profesor. Son unas colinas, cuya base mide...
—Entre mil y mil doscientos metros. Por tanto, la altura, comparada con el diámetro total que tendrían, de ser una esfera completa, es de unos cuatrocientos metros. Y hay doce, como puedes ver, Norman.
—Bueno, bueno, «profe», de acuerdo; ha descubierto usted una pequeña cordillera en el fondo del Pacifico...
—Muchacho, en ese sitio jamás ha habido, que yo sepa, una cordillera. Ningún sismógrafo ha detectado la menor convulsión de la corteza terrestre cuyo epicentro se halle bajo el lugar de esos sondeos. Por tanto, no ha habido movimientos plutónicos que hayan originado tales elevaciones del suelo marino.
—Le aseguro que sigo sin entender...
—Pero, ¿es que no lo ves? —clamó Romney exasperado por lo que él creía torpeza del joven—. No son colinas, son cúpulas artificiales.
A Kyne se le olvidó instantáneamente su devaneo con la vecinita.
—¿Ha dicho cúpulas, profesor? —exclamó.
—Artificiales, construidas por la mano del hombre.

—¡En la fosa de las Marianas, a casi once mil metros de profundidad!
—Justamente, muchacho —confirmó Romney, a la vez que se repantigaba en su asiento, satisfecho de ver el asombro en el rostro de su joven interlocutor.
—Pero... eso significa mucho más de mil atmósferas de presión.
—Sí, es lo que corresponde: una atmósfera, por cada diez metros de profundidad.
Kyne se pasó una mano por la frente. De pronto sintió que necesitaba un trago.
Conocía bien a Romney. El profesor no bromearía con uno de sus descubrimientos científicos.
—Entonces... eso es una especie de ciudad submarina...
—Así podría calificarse, muchacho.
Kyne acabó el resto del contenido de la copa.
—Seguramente, fue construida por los habitantes de la Tierra, antes de la Destrucción —apuntó.
—No —contradijo Romney, muy serio.
—¿Cómo lo sabe?
—En medio de todo, aquellos insignes insensatos que provocaron la destrucción casi total de la vida en el planeta, hace cuatrocientos y pico de años, fueron previsores y guardaron muchos archivos de ciencia, arte y demás en lugares sabiamente elegidos. Yo tengo a mi cargo, como es lógico, el archivo oceanográfico. En él no se habla para nada de la construcción de una ciudad submarina en la fosa de las Marianas.
—Y por eso deduce usted...
—Sí, se trata de construcciones extraterrestres.
—Pero, ¿cómo vinieron? ¿Cuándo llegaron a la Tierra?
—Preguntas demasiado, muchacho —rezongó el científico.
—Y son construcciones cupulares... ¿Por qué?
—Vamos, hombre, parece mentira que seas ingeniero.
El arco es la figura geométrica apropiada para soportar determinada clase de cargas: una puerta en un muro, el arco de la planta de los pies... Las ruedas circulares, para que soporten

la presión en todos los puntos de su estructura... y las cúpulas forman parte de una esfera, la figura geométrica ideal para soportar por un igual, en todos los puntos de su estructura, la presión de mil o más atmósferas que existe en aquel punto del Pacífico.
—Le he hecho una pregunta tonta —se sonrojó Kyne—. Ahora bien, ¿qué pretenden esos supuestos seres extraterrestres?
Romney se encogió de hombros.
—¡Ah, si yo lo supiera! —contestó con acento de intensa preocupación.

CAPÍTULO II

Después de las últimas palabras del profesor, hubo Un momento de silencio. Kyne lo rompió al decir: —Voy a cambiarme de ropa. Volveré en seguida y continuaremos hablando de este tema tan fascinante.
—Anda, muchacho, aquí te espero.
Kyne se dirigió a su cuarto, en donde se dio una rápida ducha. Mientras el agua resbalaba por su cuerpo, pensó en la ciudad submarina descubierta por Romney. ¿Seres extraterrestres?
En tal caso, las preguntas que debían formularse resultaban lógicas: ¿Quiénes eran? ¿Qué pretendían? ¿Con qué intenciones habían llegado a la Tierra?
Salió de la ducha y se secó rápidamente. Mientras se vestía, oyó ruidos abajo, pero no prestó la debida atención, ensimismado en sus pensamientos.
Descendió las escaleras maquinalmente, sin darse cuenta de lo que le rodeaba. De pronto, vio una extraña escena en el salón.
Philip, el robot, yacía sentado en un sillón, completamente inmóvil. El profesor también estaba inmóvil, aunque de una manera relativa, ya que era llevado en brazos por dos sujetos que a Kyne le resultaron completamente desconocidos.
El joven reaccionó en el acto:
—¡Eh, ustedes, dejen a ese hombre! —gritó.
Al oír su voz, los intrusos se volvieron inmediatamente. El que

sostenía a Romney por los pies, soltó su carga y, metiendo la mano entre sus ropas, sacó algo parecido a una pistola.
Kyne no le dejó actuar. Dio un enorme salto, que le hizo salvar seis u ocho escalones de una sola vez, cayó al pie de la escalera y, rebotando con el mismo impulso, se lanzó sobre el sujeto, derribándole aparatosamente.
Su compañero soltó a Romney y quiso atacarle, pero Kyne parecía haberse convertido en un torbellino de brazos y piernas que se movían vertiginosamente. Se oyeron golpes, chasquidos, aullidos y maldiciones y, finalmente, dos vapuleados sujetos emprendieron una poco honrosa retirada.
Fuera, en la calle, había un monorrueda. Kyne se asomó y pudo darse cuenta de dos detalles: el vehículo arrancó a toda velocidad y carecía de matrícula.
Pero, a fin de cuentas, eran detalles sin importancia.
El estado del profesor era de mucho mayor interés.
Kyne se arrodilló a su lado y comprobó que respiraba con toda normalidad.
—Narcotizado, seguro —murmuró. Luego alzó la voz:
—¡Philip!
—Señor —contestó el robot.
—¿Qué haces ahí sentado? ¿Por qué no vienes a ayudarme?
—Lo siento mucho, señor. Los visitantes me ordenaron quedarme sentado y no tuve otro remedio que obedecerles.
Kyne lanzó un gruñido al comprender el sentido de la respuesta.
Philip, voy a pedir a tu fábrica que te inserte un selector en el circuito de la obediencia, de modo que, en lo sucesivo, sólo atiendas las órdenes que te demos el profesor o yo. O la persona que autoricemos...
—Imposible, señor —le interrumpió el robot, respetuosamente —. No hay excepción alguna en los circuitos de obediencia. Mi deber es acatar las órdenes de todo ser humano.
Kyne alzó los brazos al cielo.
—¡Qué mundo! —clamó—. Pero, al menos, ¿por qué no avisaste de su llegada? Podías haberles detectado a cincuenta pasos...

—Lo siento, señor: mis circuitos detectores de seres humanos no se activaron con la presencia de esos visitantes.
—Vaya, quizá venían prevenidos para todo —admitió el joven a regañadientes—. Anda, lleva al profesor a su dormitorio.

* * *

Romney despertó poco más tarde.
—Me sorprendieron distraído —confesó—. Uno de ellos lanzó un chorro de gas al despacho y casi en el acto empecé a desvanecerme. Pero, a pesar de todo, creo que reconocí a uno de los dos.
—Interesante —dijo Kyne—. ¿Quién es?
—Bart Creigh, el segundo de a bordo del Seagraph.
Es decir, juraría que era él, aunque he de conceder un razonable margen a la duda. Pero sería capaz de apostar diez a uno, muchacho.
—Creigh —murmuró Kyne—. No le conozco... ¿Qué podía pretender, Jack?
Romney se encogió de hombros.
—No tengo la menor idea, si bien se me ocurre la posibilidad de que este intento de secuestro esté relacionado con mi descubrimiento de la ciudad submarina —dijo.
—¿Quiere decir que Creigh tiene interés en que usted no divulgue su descubrimiento?
—Si no es eso, ¿qué otra cosa puede ser?
Philip entró en aquel momento con servicio de café.
Romney tomó un par de tazas, que acabaron de entonarle.
—Ya me siento bien por completo —declaró—. Vamos al despacho, hemos de continuar hablando.
Los dos hombres descendieron a la planta baja. Apenas habían cruzado el umbral, Romney lanzó una exclamación:
—¡Han robado las gráficas batimétricas, Norman! Kyne se acercó a la mesa, casi limpia de papeles en aquellos instantes.
—¿Seguro, profesor?
—Absolutamente —confirmó Romney con gran énfasis—. Estaba repasando una vez más las mediciones de la sonda,

cuando estos tipos entraron en el despacho. A mí me han dejado aquí, pero las gráficas, a fin de cuentas, son papel y pueden llevarse dobladas fácilmente en cualquier bolsillo.
—En tal caso, vamos a tener que pensar que, efectivamente, alguien tiene interés en que no se divulgue la noticia del descubrimiento de la ciudad submarina.
—Exactamente, Norman, así pienso yo —contestó el profesor.
Los dos se sentían sumamente preocupados, porque ninguno de ellos acertaba a encontrar las razones que podían mover a aquellos misteriosos sujetos para impedir la divulgación de tan sensacional noticia.
—Y lo peor de todo es que se han llevado las pruebas con las que yo podría demostrar mi descubrimiento —dijo Romney melancólicamente.
—«Profe», usted es un hombre de sólida reputación. Su palabra...
Romney sacudió la cabeza.
—Hijito, en la ciencia no bastan las palabras si no se acompañan de los hechos —respondió con acento que indicaba claramente la decepción que sentía.

* * *

En el puerto, al día siguiente, Kyne hizo por su cuenta algunas indagaciones.
Un marinero del Seagraph le indicó dónde podía encontrar al segundo en aquellos momentos.
—En una taberna —bufó Kyne.
¿Y para eso había ocurrido cuatro siglos antes una gran catástrofe, en la que sólo unos pocos millones pudieron salvarse?
Habían pasado cuatro siglos y el hombre no variaba en absoluto. Había un puerto y, naturalmente, una taberna en sus inmediaciones.
El local estaba a un par de cientos de metros del muelle. Kyne entró y se acercó al mostrador.
—Busco a Bart Creigh —dijo.

El dueño le miró con suspicacia.
—¿Para qué quiere verlo? —preguntó.
Kyne le tiró una moneda.
—Conteste —pidió secamente.
Una mano de uñas ribeteadas de negro señaló, hacia una escalera cercana.
—Primer piso, cuarta puerta a la derecha.
Kyne no se molestó en dar las gracias: ya lo había hecho anticipadamente, con la moneda.
Llamó a la puerta. A los pocos instantes, una joven de opulenta figura y ojos suspicaces se apoyó en una de las jambas.
—Hola —dijo parcamente.
—Busco a Bart Creigh —manifestó Kyne.
—¿Para qué, si se puede saber?
—Se puede. Quiero hablar con él, hermosa.
Ella lanzó una risita. Se apartó un poco y señaló un diván con la mano derecha.
—Ahí lo tiene —dijo—. Hablale si puede.
Kyne frunció el ceño. Creigh roncaba sonoramente, despechugado, con un solo zapato puesto y la mano derecha colgando fuera del diván. Sus dedos rozaban una botella casi vacía, caída en el suelo.
—Está borracho —mascculló. La joven volvió a reír.
—Lleva así dos días —informó.
—Pero, ¿cómo es posible...?
—Ha estado seis meses en alta mar. Simplemente, se está desquitando de las privaciones.
Kyne fijó la vista en la mujer.
—¿Le gusta más el alcohol que usted? —preguntó.
Ella se encogió de hombros.
—Hay opiniones —respondió.
—Las de Creigh merecen cuatro garrotazos bien dados. ¿Estaba aquí ayer a las seis de la tarde?
No se ha movido del cuarto desde anteayer, a las once de la mañana —respondió la joven.
Kyne hizo un gesto de asentimiento. Luego entregó a la mujer un billete de alto valor y una tarjeta.

—Avíseme cuando... cuando haya eliminado el sobrante de alcohol —dijo.
—Así lo haré —prometió ella.
Kyne dio media vuelta. La joven cerró e hizo girar la llave en la cerradura.
Creigh se levantó de inmediato.
—Lo has hecho muy bien hermosa —dijo sonriendo.
—Creo que lo he engañado, pero... ¿por qué, Bart?
Creigh le propinó un cariñoso azote más abajo de la espalda.
—Era un acreedor. Le debo un par de trajes —contestó, recurriendo a un chiste casi tan viejo como la humanidad.
La joven se echó a reír.
—No te creo, pero me da igual. —Le echó los brazos al cuello —. Por ti haría todo lo que fuese necesario, cariño.

CAPÍTULO III

La muchacha era alta, espigada, de hermosa silueta y brillante cabello rubio, largo y suelto. Kyne la vio ligeramente inclinada sobre la zaga del monorrueda, cuya tapa del motor estaba levantada.
—¡Helen! —llamó en el acto.
Ella se volvió sonriendo.
—¿Es a mí, señor? —preguntó.
Kyne se quedó cortado:
—Dispénseme, señorita —se disculpó—. La he confundido con una buena amiga mía... Pero veo que está en dificultades con el motor de su coche. ¿Me equivoco?
—Así es, en efecto —confirmó ella—. Se niega a arrancar y, a decir verdad, yo no soy muy entendida en esta clase de aparatos. Por cierto, me llamo Tsalia.
—Norman —dijo el joven. Si llegaba el momento, ya daría el apellido, cosa que Tsalia tampoco había hecho—. Bien, vamos a ver qué le pasa a esté cacharro.
—¿Entiende usted de motores? —preguntó la muchacha.
—Soy ingeniero —sonrió Kyne.

Ella vestía sucintamente, aunque su indumentaria no resultaba provocativa: una chaquetilla corta, cerrada de cuello y casi sin mangas, que dejaba la esbelta cintura al descubierto. El color de la prenda era azul vivo, con bordes blancos.

Unos pantalones que hacían juego, también muy cortos, y unas sencillas sandalias, completaban su atavío. Kyne se dijo que, en lo referente a estética, no había perdido nada con el cambio: Tsalia era mucho más bonita que Helen, pese a que ésta también tenía encantos sobrado s que admirar.

—El motor está bien —dijo al cabo de unos momentos.

—Entonces, es que yo soy una pésima conductora —sonrió Tsalia.

—Vamos a ver.

Las puertas del monorrueda estaban abiertas. Cada uno de los dos entró por su lado. Era un dos plazas, de doble mando, para que, en trayectos largos los ocupantes pudieran alternarse en el manejo y descansar así a ratos.

Kyne examinó los instrumentos del cuadro de mandos. De pronto, creyó ver algo raro y presionó una tecla de control.

Un chorro de gas amarillento brotó súbitamente y le dio de lleno en la cara.

* * *

El monorrueda se deslizaba a toda velocidad por la autopista. Kyne estaba completamente consciente, pero se sentía incapaz de hacer el menor movimiento.

El gas había afectado al sistema nervioso parcialmente, paralizándole todos los músculos que no obedecían a impulsos automáticos. Podía pensar, razonar, coordinar sus ideas; respiraba normalmente, su pulso no se había alterado y el corazón latía con igual normalidad... pero se sentía incapaz de mover siquiera los labios para articular una sola palabra.

Era un secuestro, ahora estaba seguro de ello, aunque no comprendía las razones de Tsalia. Vagamente, sin embargo, se imaginaba que su situación estaba relacionada con el descubrimiento de la ciudad submarina.

Ya llevaban dos horas rodando y Tsalia no daba señales de detenerse. Aparte de su forzosa inmovilidad. Kyne no sentía el menor daño en absoluto.
De pronto, Tsalia abandonó la autopista y se metió por un descuidado camino secundario.
Abundaban los baches y los hierbajos. Era evidente que aquel camino se utilizaba muy poco.
Ya habían traspasado lo que antaño fuera frontera de México. De repente, avistaron la playa.
Estaba completamente desierta.
Cuatrocientos treinta años antes aquella playa era un hervidero de bañistas que se divertían y solazaban. Ahora no se veía un alma en cuanto alcanzaba la vista en todas direcciones.
Algunas ruinas asomaban entre la vegetación. Los edificios se habían hundido con el paso de los tiempos, por falta de cuidado, o estaban sepultados por las hierbas, arbustos e incluso árboles que habían crecido por todas partes con singular profusión. El panorama resultaba deprimente.
Tsalia enfiló directamente hacia la playa. El monorrueda rodaba ahora con gran lentitud.
Las olas iban y venían monótonamente. Kyne pensó que la muchacha detendría el aparato y que le daría alguna droga para recobrar la movilidad, pero no fue así.
El monorrueda continuó su camino y se adentró en el mar.
Las olas golpearon la cúpula transparente del aparato, que se movió un poco. Pero el balanceo cesó cuando hubo alcanzado unos metros de profundidad.
Entonces, el monorrueda se despegó del fondo del mar y navegó como un pequeño submarino.
Mil metros más adelante, el monorrueda empezó a ganar profundidad. Kyne pensó que, si su estado hubiera sido normal, también se habría quedado petrificado por el asombro.
Debía de ser un monorrueda de nuevo tipo, se dijo Kyne. En la superficie no había visto jamás uno semejante.
La velocidad de avance era moderada. Un par de potentes reflectores, situados en la proa del aparato, iluminaban las aguas hasta una distancia que a Kyne le pareció exorbitante,

dada la enorme profundidad a que creía se hallaban.
La luz del día ya no llegaba allí, lo que le dijo que su profundidad no era inferior a los quinientos metros. ¿Cómo podía un aparato tan liviano, se preguntó, resistir una presión de no menos de cincuenta atmósferas, cincuenta kilos por centímetro cuadrado?
Tsalia había encendido una pantalla que Kyne no había visto en otros monorruedas. Debía de ser una mezcla de radar y sonar, porque se veía en ella un puntito que se acercaba gradualmente al centro, al mismo tiempo que se escuchaban unos tenues «pips», cuya intermitencia, sin aumento del volumen, se reducía poco a poco.
De súbito, el puntito anaranjado alcanzó el centro de la pantalla, que tenía forma circular. Los «pips» se convirtieron en un silbido prolongado.
Entonces, los proyectores iluminaron una masa que flotaba inmóvil en las profundidades del océano.
Los ojos de Kyne captaron la silueta de aquel submarino, cuya sección alargada tenía forma de pez, siendo más bien ovalada la sección transversal. Le pareció que medía unos cincuenta metros de largo por diez o doce de grueso en su punto de mayor prominencia.
El monorrueda refrenó aún más su ya escasa velocidad. Se acercó muy despacio al submarino inmóvil y Kyne pudo ver de pronto que los proyectores emitían unos destellos que rompían su inmovilidad lumínica.
En el vientre del sumergible se abrió una compuerta.
Tsalia maniobró para situarse justamente debajo y el monorrueda ascendió suavemente.
Segundos más tarde, Kyne percibió el inequívoco ruido del agua al ser expulsada por las bombas. La esclusa quedó en seco y, casi en el acto, se iluminó brillantemente.
«Ahora acudirá alguien a recibimos», pensó. Pero no ocurrió nada de lo que esperaba.
Tsalia sacó un tubito y disparó un chorro de gas a la cara del joven.
—Podrá hablar, moverse y caminar libremente —dijo—. Pero

su fuerza física, bastante notable por lo que he podido saber, quedará disminuida lo suficiente para no temer nada.
—Usted es la que no ha de temer nada de mí, ¿verdad?
Tsalia hizo una gentil inclinación de cabeza.
— Exactamente —corroboró.

* * *

Momentos después, abandonaban el monorrueda. Kyne pudo darse cuenta de que se movía con toda normalidad. Las piernas le sostenían sin dificultad; no obstante, advirtió que le resultaría imposible sostener algo más pesado que una simple cuartilla de papel.
—Una química muy adelantada —dijo.
—Espero librarle de sus inhibiciones dentro de poco —manifestó la muchacha—. Sígame, por favor.
Una puertecita cercana daba a una escalera de caracol, que les condujo a una de las cubiertas superiores. Kyne se dio cuenta, con enorme asombro, de que la espaciosa cámara a la que acababan de llegar, tenía las paredes completamente trasparentes.
Estaban en la proa, no cabía la menor duda. En el centro, hacia adelante, había una especie de pupitre de mando. Tsalia se situó allí y manejó los controles con singular destreza.
—Usted era la que no sabía pilotar un monorrueda —dijo él, con acento de amarga crítica.
—Lo siento —se disculpó Tsalia—. Pero era necesario para traerle hasta aquí.
—Me engañó —se quejó Kyne.
—Repito que lo siento.
El submarino se había puesto ya en movimiento.
Kyne se dio cuenta de que avanzaba con notable velocidad, hundiéndose al mismo tiempo, aunque sin necesidad de bajar la proa. La oscuridad era absoluta en torno al aparato.
—¿Cuál es nuestra profundidad? —preguntó él, pasados unos minutos.
—Mil doscientos metros y seguimos descendiendo.

—¿Puede el vidrio resistir ciento veinte atmósferas de presión?
—En realidad, no es vidrio, sino metal muy resistente, de una composición molecular especial, lo que le convierte en transparente. Esa misma composición molecular le permite resistir presiones todavía mayores, sin el menor riesgo para nosotros.
—Ya entiendo. Tsalia, ¿puedo preguntarle adónde nos dirigimos?
—No hay inconveniente. Vamos a Océana.
—¿Océana?
—Sí, la llamamos así porque está en el fondo del mar.
Kyne abrió la boca.
—¿En... el fondo del mar? —repitió.
—Sí, claro, allí vivimos nosotros.
—Empiezo a sospechar que mi... que el profesor tenía razón.
—¿El profesor? ¿Qué profesor, Norman?
—Romney, naturalmente.
Tsalia se volvió hacia él, vivamente sorprendida.
—Pero, ¿cómo? ¿No es usted el profesor Romney?
—Nada de eso, muchacha. Mi nombre es Norman Kyne y, aunque vivo en la misma casa que Romney, no soy él.
Ella se dio una fuerte palmada en la frente.
—¡Atiza! Ahora va a resultar que me he equivocado de personaje —exclamó, pintorescamente.
A Kyne no le hizo ninguna gracia aquella declaración. Pero antes de que pudiera decir nada, una campana empezó a tañer con fuerza.
—¡Nos atacan! —gritó la muchacha de pronto.

CAPÍTULO IV

Kyne se quedó paralizado por el terror.
Un ataque en las profundidades del océano podía resultar funesto para los dos. Ni siquiera se le ocurrió preguntar por la identidad de los atacantes.
La campana de alarma continuaba sonando. Tsalia presionó

dos teclas y sendos sillones emergieron súbitamente del suelo.
—Siéntese, pronto, Norman —ordenó.
Kyne obedeció en el acto. Tsalia se sentó también y, un instante más tarde, unas abrazaderas metálicas les sujetaron con fuerza a los asientos.
Tsalia empujó una palanquita y la velocidad del submarino, en ambos sentidos, hacia adelante y en profundidad, se incrementó notablemente.
Los tañidos se atenuaron un tanto, pero, a los pocos momentos, aumentaron nuevamente de volumen.
—Continúan persiguiéndonos —dijo Tsalia, con las facciones atirantadas por la tensión.
—¿Quiénes? —preguntó Kyne.
—Ellos.
Tsalia no quiso dar más detalles. De repente, los tañidos se convirtieron en un agudo maullido.
El submarino se ladeó bruscamente hacia la izquierda.
Una finísima raya de luz pasó centelleante por el costado opuesto.
—Tiran a matar —dijo Tsalia.
Segundos después, un vivísima relámpago brilló delante de la proa, a una distancia que Kyne no pudo precisar, debido a la ausencia de puntos de referencia.
La onda explosiva llegó más tarde, zarandeándolos con terrible violencia. Kyne admiró la previsión de la muchacha al hacer que quedasen sujetos a los asientos; de otro modo, lo habrían pasado muy mal.
Tsalia hizo un movimiento con la cabeza.
—No me va a quedar otro remedio que contraatacar —murmuró, con acento pesimista.
Los atacantes hicieron su segundo disparo. Tsalia movió los mandos y el submarino se elevó en una rapidísima curva hacia arriba, trazando un círculo casi completo. Antes de terminar la maniobra, Tsalia presionó sucesivamente seis teclas del cuadro de mandos.
Seis dardos de luz azulada brotaron de la proa y se dirigieron velocísimamente hacia el blanco. Unos segundos más tarde, se

produjeron una serie de horribles explosiones.
A Kyne le pareció que el mar hervía como sacudido por una poderosa erupción volcánica que se produjese bajo la superficie. Los chispazos de las explosiones tenían todos los colores del arco iris.
Tsalia estabilizó el submarino. Los tañidos dejaron de oírse.
Algo pasó volteando junto al casco transparente.
A Kyne le pareció un enorme trozo de metal, de bordes desgarrados.
—Ha destruido el buque atacante —adivinó.
—Si.
De pronto, Tsalia abanqonó los mandos y se echó a llorar.
—¿Por qué? —gemía, ante la sorpresa de su forzado acompañante—. ¿Por qué me han obligado a matar?

* * *

A los pocos momentos, Tsalia pareció tranquilizarse.
Sacó un pañuelo, se enjugó los ojos y volvió la cabeza hacia Kyne.
—Lo siento —dijo—. No he podido contenerme.
—Si se ha desahogado, la cosa no tiene importancia —contestó él—. Al contrarío, creo que ahora se siente mejor.
—Sí, pero me he visto obligada a...
—Usted ha dicho que ellos, quienesquiera que fuesen, tiraban a matar, ¿no es así? —Sí, claro...
—Entonces, no se haga más reproches. Su acción está totalmente, justificada, Tsalia.
Ella inspiró profundamente. De pronto, soltó las abrazaderas y, poniéndose en pie, se quitó la chaquetilla.
—Eh... —empezó a decir Kyne, alarmado, pero pronto pudo ver que debajo de la prenda, Tsalia llevaba un breve sujetador.
—Me sentía un poco incómoda, Norman —declaró ella—. ¿Puedo pedirle una cosa?
—Lo que quiera, por supuesto.
—Si le devuelvo a su estado normal, ¿me promete no intentar nada contra mí?

Kyne la miró críticamente de pies a cabeza.
—Soy un caballero —respondió con toda intención. Tsalia se puso colorada.
—No me refería a eso —dijo.
—Ya. Usted quiere decir que no la pondré una pistola en el pecho, para obligarla a volver a la superficie y cosas así.
—Exacto, Norman.
—Levanto la mano metafóricamente, porque materialmente no puedo hacerlo, y se lo prometo con toda solemnidad.
—Está bien. Me arriesgaré a creer en su palabra. La muchacha se dirigió a un panel cercano y lo abrió.
Momentos después, volvía junto a Kyne, con un tubito en la mano.
El tubo despidió un chorro de gas.
—Respire fuerte —ordenó Tsalia. Kyne lo hizo así.
—Dentro de cinco minutos, habrá recobrado la totalidad de sus fuerzas —aseguró ella.
—¿Qué sustancia ha empleado, Tsalia?
—Son gases narcóticos, diferentes según la clase de inhibición que se quiere crear en el paciente. Su fórmula química es complicadísima...
—No me la explique; me contento con conocer sus efectos. Y ahora, ¿puede decirme por qué quería secuestrar al profesor Romney? El secuestrado he sido yo, pero ignoro los motivos —alegó Kyne.
—Normar, le ruego un poco de paciencia —pidió Tsalia—. Por el momento, no me siento en condiciones de responder a sus preguntas.
Kyne sonrió.
—Así como así, se me está presentando una aventura fascinante en todos los sentidos y, créame, empiezo a felicitarme de su error.
—En esa aventura que tanto parece agradarle, pueden presentarse gravísimos riesgos; de hecho, se han presentado ya, lo cual le hará tal vez arrepentirse de lo que acaba de decir.
—Dudo mucho de que, a su lado, me ocurra una cosa semejante —contestó él sin dejar de sonreír.

* * *

Habían comido poco antes. Ahora, Kyne examinaba con atención los indicadores del cuadro de mandos, en los que se veían una serie de signos que le resultaban completamente desconocidos.

¿Tenía razón el profesor Romney cuando hablaba de una ciudad submarina poblada por extraterrestres?, Tsalia se situó a su lado.

—¿Qué mira, Norman? —preguntó.

—Los signos. Me resultan desconocidos y por ello no puedo saber la velocidad ni la profundidad.

Tsalia señaló dos esferas, en las que se veían sendas agujas que oscilaban con muy ligeras variaciones.

—Navegamos a seiscientos kilómetros por hora y a una profundidad de tres mil ochocientos metros —dijo—. Dentro de unos momentos le escribiré en un papel los signos de nuestra numeración y los usados en la Tierra; de este modo, usted podrá descifrar por si mismo las indicaciones de los aparatos de control.

—¡Seiscientos kilómetros por hora! —se asombró Kyne—. Pero, ¿cómo puede moverse la nave a una velocidad semejante bajo las aguas? Incluso aunque estuviésemos solamente a cincuenta metros de profundidad...

—Resultaría imposible si el submarino no estuviese dotado del descohesionador molecular —explicó ella—. A medida que avanzamos, el aparato provoca una continua descohesión en las moléculas de agua, formando así como una especie de capa envolvente de muy pocos metros de espesor, en la cual la resistencia es prácticamente nula.

—Vamos, como si evaporasen el agua —dijo él.

—Algo parecido, aunque el líquido, por supuesto, no se convierte en vapor. Pero los efectos son idénticos.

—Ya entiendo. Sin embargo, a pesar de esa envolvente de agua descohesionada molecularmente, sentimos los efectos de las explosiones enemigas.

—Bien, todo colchón acusa siempre los efectos de un golpe, un puñetazo, simplemente del peso de la persona que se acuesta encima. De su constitución depende que amortigüe más o menos los golpes o el peso.
—Una metáfora sumamente gráfica —aprobó Kyne—.
Pero a ellos, no les sirvió...
—Yo disparé seis cohetes que estallaron en otros tantos segundos, formando un círculo de explosiones en torno a su nave. Todavía no había amortiguado el colchón el primer estallido, cuando ya se producía el segundo.
—Y la envoltura de agua descohesionada ya no pudo resistir tantas explosiones.
—Justamente, Kyne.
—Tsalia, ¿qué me dice de la luz? A cierta profundidad, el agua absorbe una enorme cantidad de radiaciones luminicas...
Ella tocó un botón en el pupitre de mando. Delante de la cabina se encendieron dos poderosos focos, que disiparon las tinieblas en una enorme distancia.
—Son proyectores que actúan por alineación de las moléculas de agua —explicó la muchacha—. Imagínese una persiana veneciana y sus hojas: dejan pasar más o menos luz, según...
—No siga, la comprendo perfectamente. Esos focos provocan en las moléculas de agua el fenómeno de persiana abierta.
—Lo entiende usted todo muy bien, Norman —sonrió ella.
De repente, Kyne, aterrado, vio que se alzaba ante ellos una enorme montaña submarina, cuyo tamaño crecía con vertiginosa rapidez.
—¡Eh, que nos estrellamos! —gritó.
—Hombre apocado —le apostrofó Tsalia.
De pronto, los focos iluminaron la entrada de un túnel de gigantescas dimensiones. Sin la menor vacilación, Tsalia condujo el submarino hacia el túnel y lo hizo penetrar a su través.
Focos laterales fueron encendidos para ver las paredes del túnel. Mudo de asombro, Kyne contempló gigantescas estalactitas que pendían del techo, cuevas laterales, de algunas de las cuales salían ondulando colosales tentáculos, y una

enorme abundancia de peces de todas clases. Era un espectáculo maravilloso, que embargó sus sentidos mientras duró.
Al cabo de un rato, que le pareció interminable, abandonaron el túnel. Entonces, Kyne dijo:
—El «profe» tenía razón.
—¿En qué tenía razón, Norman? —preguntó Tsalia.
—Ustedes no son terrestres: han nacido fuera de este planeta —contestó él, plenamente convencido de lo que decía.

CAPÍTULO V

Desde la altura, Kyne contempló el fabuloso espectáculo de la ciudad submarina. La sonda batimétrica indicaba más de diez mil metros en aquellos instantes.
Tsalia había refrenado notablemente la velocidad del submarino y ahora descendían con gran lentitud. Las cúpulas completamente transparentes, medían más de mil metros de diámetro y su altura no era inferior en ningún caso a los cuatrocientos metros.
Había unas cuarenta cúpulas, todas unidas entre sí por grandes túneles semicilíndricos. La ciudad estaba brillantemente iluminada y debajo de las cúpulas se veían numerosas construcciones, de estructura muy sencilla, alineadas en un cuadriculado perfecto. Kyne se quedó estupefacto cuando vio incluso árboles y jardines.
La gente iba y venía tranquilamente por todas partes.
No se divisaban vehículos, pero Kyne sí pudo apreciar aceras deslizantes, a distintos niveles, para facilitar los cruces. Algunos submarinos de distintos tamaños se movían por el exterior.
—Pescan —dijo Tsalia sucintamente.
—Claro, hay que comer —sonrió Kyne.
—Justamente. Nosotros también hemos estado pescando.
—¿Eh? —respingó el joven.
Tsalia maniobró con habilidad y se situó justo frente a una gran compuerta, que se abrió casi en el acto. El submarino pasó a la

esclusa, de la cual fue vaciada el agua a los pocos momentos.
—Es hora de desembarcar —dijo ella.
—Sí, pero..., ¿qué digo yo? Si me preguntan algo...
—No abra la boca; yo lo haré por los dos.
Tsalia se dirigió hacia la escalera que conducía a la esclusa inferior del submarino, seguida por su invitado forzoso. Momentos después, salían al exterior.
Varios sujetos, ataviados con ropajes sencillos, se acercaban ya al sumergible.
—La carga de pesca está en la bodega —dijo ella—. Creo que hay treinta toneladas. Hagan que las anoten en mi registro.
—Bien —contestó el que parecía jefe de los descargadores, sin prestar mayor atención a Kyne.
—Vamos, Norman —invitó la muchacha.
Atravesaron la otra esclusa y se dirigieron a una acera deslizante. Kyne ardía en deseos de conocer su destino definitivo, pero comprendía por instinto que debía esperar a que la muchacha terminara de explicarle los motivos de su secuestro.
Atravesaron tres o cuatro túneles de comunicación, de los cuales Kyne supuso dispondrían de compuertas de cierre automático, para caso de inundación forzosa de alguna de las cúpulas. De cuando en cuando, no podía evitar una mirada hacia arriba. Pensar que sobre sus cabezas había una capa de agua cercana a los once mil metros de espesor, le hacía sentirse abrumado.
Media hora después, Tsalia abandonó la acera deslizante y se dirigió hacia una casa de sobrio aspecto, rodeada, sin embargo, de un pequeño jardín.
Ella explicó:
—Tenemos proyectores de rayos parasolares; de otro modo, no habría función clorofílica en las plantas y todas las hojas serían blancas.
Llamó a la puerta. Un hombre de mediana edad y cabellos grises abrió a los pocos instantes.
—Tsalia —exclamó alegremente—. Por fin has vuelto.
—Así es, doctor Harin —contestó la muchacha—. He vuelto y

no se puede decir que haya llevado a cabo mi misión con el éxito deseado.

* * *

El doctor Harin dio un par de vueltas en torno a Kyne, contemplándolo con evidente curiosidad. Kyne procuró mostrarse discreto y contener su impaciencia.
—Así que éste no es el profesor Romney —dijo Harin pasados algunos instantes.
—No. Es ingeniero y se llama Norman Kyne. Sin embargo, conoce a Rornney...
—Muchacha, ¿cómo pudiste equivocarte? Kyne levantó la mano.
—Si me lo permiten, quizá yo pueda hallar una explicación para el error de Tsalia —dijo.
—Adelante, joven —invitó Harin.
Kyne se volvió hacia la muchacha.
—Tsalia, usted me encontró cerca del Seagraph, ¿no es así? —le recordó.
—Cierto —admitió ella.
—Usted sabía que el profesor Romney era director científico del buque. —También es verdad.
—Pero no lo conocía personalmente.
—No, claro.
—Y preguntó a alguien...
—Sí, a un marinero. Ese hombre le señaló a usted, Norman. Acababa de salir del barco...
—Eso lo explica todo —sonrió Kyne—. El marinero, indudablemente, era cómplice del segundo oficial, Bart Creigh.
—¡Creigh! —exclamó Harin.
—¿Lo conoce usted, doctor? —se sorprendió Kyne.
—Demasiado bien, por desgracia, muchacho.
—Oigan, no irán a decirme que Creigh es un extraterrestre...
—Lo es, como nosotros, y uno de nuestros peores enemigos.
—Y ahora Norman está aquí y Romney sigue en la superficie —exclamó Harin, con aire de sentirse muy consternado.

—Pero, doctor, Norman puede desempeñar el papel que esperábamos del profesor. Incluso mejor, diría yo —alegó Tsalia.
—¡Un momento, un momento! —exclamó Kyne—. Parece que están haciendo demasiados planes, sin contar con el interesado, es decir, yo.
Tsalia le dirigió una mirada implorante.
—¿No va a querer ayudamos, Norman? —preguntó.
—¡Pero si todavía no sé qué es lo que tengo que hacer!
Harin movió una mano.
—Siéntese ahí, muchacho —le indicó un sillón—. Ahora hablaremos y, después de que nos haya escuchado, estoy seguro de que no nos negará su colaboración. Tsalia, ¿quieres darle una copa a nuestro huésped?

* * *

Kyne probó el licor. Le pareció fuerte, pero agradable.
—Brandy de algas —dijo Tsalia. Kyne casi se atragantó.
—¡Brandy ... de ... algas ...! —repitió, tosiendo espectacularmente—. Es... nunca había oído una cosa semejante...
—Las algas y el pescado son la base principal de nuestra dieta alimenticia —dijo Harin—. Por supuesto, también ingerimos proteínas de otra procedencia, pero esto no es relevante ahora. Norman, muchacho, ¿qué tal viven ustedes en la superficie?
—Oh, estupendamente, no podemos quejarnos, doctor.
Vamos, la prueba está aquí, delante de ustedes mismos.
Harin y Tsalia intercambiaron una mirada.
—A última hora, vamos a tener que felicitamos del cambio —dijo el primero.
—Bueno, pero, ¿es que no puedo saber lo que sucede? —se enojó Kyne.
—Se puede explicar en pocas palabras, Norman —habló Tsalia—. En Océana hay dos bandos, uno numéricamente muy inferior al otro. El primero quiere ascender a la superficie y vivir al aire libre y bajo el sol. El segundo persiste en vivir bajo las

cúpulas.
—Y trata de impedir que nosotros logremos el objetivo de ascender a la superficie —añadió Harin.
—Pero; ¿por qué? —se extrañó Kyne—. Si allí arriba se vive estupendamente. Hombre, Océana es muy bonita y muy... turística, pero a mí no me gustaría pasar aquí más de una semana. Hay luz, hay atmósfera y calor..., pero todo es artificial y eso, a la larga, no es bueno. Tsalia, ¿has estado tú mucho tiempo en la superficie?
—Unos ocho días, aproximadamente, desde que el Seagraph inició su viaje de regreso a puerto.
—Tu piel se ha oscurecido ligeramente, a causa de la exposición al aire y al sol naturales. Doctor, compare su epidermis con la de Tsalia.
—Sí, la diferencia es notoria —admitió Harin pensativamente—. A pesar de que los medios de que disponemos aquí son muchos, nada hay comparable como el sol y el aire puros y sin restricciones de ninguna clase.
—En eso estamos de acuerdo —dijo Kyne—. Pero, ¿por qué hay gente que no quiere ir a la superficie?
—Sostienen que hay contaminación mortal y que nadie puede vivir allí más de unas pocas semanas, meses, en el mejor de los casos.
—¡Qué barbaridad! —se escandalizó el joven—. ¿Y yo, no llevo viviendo en la superficie unos treinta años? ¿Tengo acaso cara de estar podrido de radiactividad o algo por el estilo?
—En absoluto, Norman —dijo Tsalia.
—Pero, ¿por qué sostienen una teoría tan absurda? —quiso saber Kyne.
—La superficie estaba contaminada cuando las primeras avanzadas llegaron a tu planeta —explicó ella—. Por eso se fundó Océana.
—Pero la destrucción se produjo hace más de cuatrocientos años...
—Algunos siguen opinando que no se puede vivir en la superficie y se oponen a que los demás lo hagamos. Incluso se oponen a que lo solicitemos de nuestro Gobierno central.

—¿Dónde está ese Gobierno? —quiso saber Kyne.
—En Maxamor, nuestro planeta, a setenta y dos años luz. Por eso queremos presentar la prueba e que la superficie de la Tierra se encuentra en perfectas condiciones de habitabilidad. Pero, naturalmente, los otros no quieren.
—Y se oponen por todos los medios, según he podido apreciar.
—Ya lo viste cuando nos dirigíamos a Océana —le recordó Tsalia.
—Muy bien —dijo Kyne—. Ahora ya conozco los motivos de mi estancia en Océana. ¿De qué manera piensan presentar sus pruebas ante el Gobierno central?
—No hay más que una solución —contestó la muchacha.
Kyne la miró fijamente. En los ojos de Tsalia había una expresión singular.
De pronto, creyó adivinar la verdad.
—No... no me digas que... que debo viajar a Maxamor... —tartamudeó.
—Resultaría muy desagradable llevarte allí por la fuerza, Norman —dijo Tsalia.
Kyne alargó la copa vacía.
—Aunque sea de algas, dame otro trago —pidió.
Harin sonrió, a la vez que se ponía en pie.
—Partirán lo antes posible —aseguró—. Voy a ocuparme de que todo esté en condiciones —se despidió, dejando solos a la pareja.

CAPÍTULO VI

Había aún muchos puntos oscuros en el enigma que representaba su presencia en Océana, pero Kyne confiaba en esclarecerlos a no tardar mucho. Tsalia había declarado sentirse un poco fatigada después del largo viaje submarino y se había retirado a descansar.
Los sillones eran muy cómodos. Kyne apoyó la cabeza en el respaldo de uno de ellos y cerró los ojos.
Pasó un tiempo cuya duración no habría sabido calcular. De

pronto oyó voces en sus inmediaciones.
—Así da gusto —dijo alguien de buen humor.
—Las cosas resultarán mucho más fáciles, naturalmente —contestó otro individuo.
Kyne abrió los ojos. Había dos hombres delante de él. Uno de ellos sonreía de un modo muy desagradable.
A Kyne le pareció una cara conocida.
—¡Creigh! —exclamó.
—Yo mismo —confirmó el segundo de la Seagraph—. La chica ha sido muy lista, pero no tanto como ella misma creía.
Kyne se puso en pie lentamente.
—¿Qué es lo que quieren de mí? —preguntó.
Creigh tenía en la mano una pistola fabricada en la superficie.
—Usted y Tsalia van a sufrir un accidente —dijo. La muchacha apareció de pronto. Bajaba del primer piso, con las manos en alto, seguida de un tercer individuo, que la encañonaba con su pistola.
Los ojos de Tsalia expresaban una viva indignación.
—¡Traidor! —apostrofó a Creigh.
El sujeto se encogió de hombros.
—Depende de los respectivos puntos de vista —contestó indiferentemente—. Usted y yo estamos situados en aceras distintas de la misma calle. Para mí, la traidora es usted.
—Yo sólo quiero que estos miles de personas que viven aquí puedan subir a la superficie y vivir como seres libres, donde quieran y sin trabas de ninguna clase —exclamó ella con gran vehemencia.
—En Océana se vive bien. Todas las necesidades están cubiertas y no falta de nada. ¿Para qué complicarse la vida allá arriba?
—Ustedes sólo quieren tenernos aherrojados en esta cárcel submarina. Hace años, la estancia aquí estaba plenamente justificada: ahora, las razones que motivaron la construcción y ocupación de Océana, han desaparecido por completo.
—¡Bah, bah, paparruchas sin sentido! —contestó Creigh despreciativamente—. Ya lo he dicho antes: usted y el «superficial» van a sufrir un accidente. Ya no nos molestarán

más..., y sus amigos tomarán buena nota del ejemplo, para no seguir insistiendo en esas estúpidas pretensiones.
—¿Un accidente? —repitió Tsalia.
—Sí. Hay una nueva cúpula recién construida, todavía en período de pruebas. Se producirá un fallo y las aguas inundarán la cúpula. Ustedes, desgraciadamente, se hallaban allí en el momento de la inundación y...
Kyne sintió que se le ponían los pelos de punta al escuchar la gráfica descripción del «accidente» planeado por Creigh.
Sería una muerte horrible. Pero, en medio de todo, tenía el consuelo de que ni siquiera sentirían la asfixia.
La presión del agua, a más de mil atmósferas, los aplastaría en el acto. Morirían instantáneamente. No era mal consuelo, se dijo.
—Usted me engañó, cuando fingía la borrachera, Creigh —dijo.
—Sí —admitió el aludido, impertérrito—. Tuve que hacerlo, puesto que usted nos hizo fracasar el secuestro del profesor.
—Pero, ¿por qué lo querían secuestrar, si no pensaban traerlo a Océana?
—Ella, sí —dijo Creigh, señalando a la muchacha. Kyne se volvió hacia Tsalia.
—Alguno de tus amigos es un auténtico, traidor y delató sus planes a Creigh —manifestó.
Tsalia asintió tristemente.
—Dispongo de informadores en todas partes —sonrió Creigh, muy ufano.
—Pero, ¿cómo supo que Tsalia iba a subir a la superficie?
—Me lo comunicaron desde abajo, en una de mis guardias a bordo del Seagraph. Naturalmente, yo también estaba en comunicación con mis amigos de Océana. Había diez mil ochocientos metros de distancia en vertical y a través de las aguas, por lo que explicar el procedimiento resultaría un tanto largo.
—Y no podemos perder tiempo.
—Usted lo ha dicho —sonrió Creigh.
Su mano se movió significativamente. —Caminen —ordenó.
—Les verán con las pistolas...

Creigh interrumpió burlonamente al joven.
—Todo el mundo duerme en Océana —dijo—. Esta es una ciudad muy reglamentada.
—Así me explico las ansias de más de uno por escapar de esta cárcel submarina.
Salieron de la casa y caminaron a pie. Las luces se habían atenuado notablemente. Las calles se hallaban absolutamente desiertas.
Kyne tomó la mano de la muchacha, como para darle ánimos. Tsalia aparecía muy pálida, pero manifestaba cierta entereza que no dejó de agradar al «superficial».
—Y pensar que todo esto procede del viaje oceanográfico del Seagraph —murmuró.
—Traté de impedir la actuación del profesor Romney, pero me resultó imposible —explicó Creigh a sus espaldas.
—Así pues, usted ha subido a la superficie en más de una ocasión.
—Bastantes, a decir verdad —admitió el falso oficial de marina.
—Lo cual le permite disfrutar de las ventajas de que se gozan allá arriba. Luego, naturalmente, al volver, sigue su campaña política, echando pestes de la superficie.
—Es lo mío, Kyne.
—En un campeonato de cinismo, usted se llevaría la palma —gruñó el joven.
—A la derecha ——ordenó Creigh de repente.
Kyne y Tsalia obedecieron el mandato. Al final de la calle, a unos trescientos metros de distancia, se divisaba la primera compuerta, transparente, de uno de los túneles de acceso a la siguiente cúpula.
—Allí se acaban nuestros problemas —dijo Creigh, fanfarrón.
—¿Cómo piensa simular el accidente? —inquirió Kyne.
—Una carga explosiva. Apenas hayan cruzado el umbral de la compuerta interna, una célula fotoeléctrica accionará el mecanismo de explosión.
—Hará mucho ruido.
—Todo el mundo duerme —insistió Creigh—. Y cuando oigan algo, pensarán que procede de la irrupción de las aguas en la

cúpula. No le darán importancia, créame. —Piensa usted en todo, Bart.
—Debo hacerlo, si quiero seguir adelante. ¡Y seguiré, créame!
—¿Por ambición? Creigh guardó silencio.
—¿No quiere hablar? —preguntó Kyne.
—Ya he hablado bastante —respondió el sujeto secamente.
Momentos después, llegaban a la compuerta externa.
El túnel medía unos cien metros de largo y su altura era de quince, aproximadamente.
El material era transparente por completo. Ciertamente, las formas curvas —semicilindro, segmento de esfera—, favorecían el mejor reparto de las cargas de presión, pero, aun así, Kyne pensó admirado en la fabulosa inteligencia de aquellos seres extraterrestres, que les había permitido construir un metal, no sólo transparente, sino también capaz de resistir un tremendo peso, superior a una tonelada por centímetro cuadrado.
La compuerta exterior se abrió. El grupo siguió su camino hasta llegar a la otra compuerta.
Creigh manejó el mando de apertura. Luego movió su pistola y ordenó perentoriamente:
—¡Entren!

* * *

Kyne tenía aún asida la mano de Tsalia. Detrás del joven, una pistola presionó contra su espalda.
—Vamos, adentro —gruñó uno de los acompañantes de Creigh.
Kyne se llenó los pulmones de aire. En modo alguno iba a dejarse matar como un cordero.
Repentinamente, giró sobre sí mismo, apartando con el codo la pistola. Al mismo tiempo, su puño derecho entró en contacto con la mandíbula del oceanita, que se desplomó fulminado.
Creigh lanzó un grito de rabia y apuntó al joven con su pistola.
El pie derecho de Kyne se movió velozmente y el arma saltó hacia las alturas.
El otro esbirro forcejeaba para sacar su pistola.

Kyne saltó hacia él, lo agarró por un brazo y, girando violentísimamente sobre sus pies, lo proyectó hacia adelante.

Se oyó un grito desgarrador. El oceanita cruzó trompicando el umbral y su cuerpo accionó la célula fotoeléctrica.

Una tremenda explosión se oyó a trescientos metros de distancia y cien de altura. La compuerta se cerró automáticamente.

Creigh se tambaleaba, agarrándose la mano dañada.

Enloquecido de furia, Kyne saltó sobre él y le asestó dos tremendos puñetazos, que lo dejaron sin sentido instantáneamente.

A lo lejos se oyó un sordo rugido.

Un colosal torrente de agua, sometida a una altísima presión, se precipitaba por la abertura. Kyne y Tsalia presenciaron una horrible escena.

El oceanita prisionero en la cúpula rota golpeaba desesperadamente con los puños en la pared transparente de la compuerta. Kyne, generosamente, quiso abrir, pero Tsalia le contuvo con un ademán.

—Es inútil. La compuerta interna no se puede abrir cuando hay rotura de la cúpula. Es una lógica medida de seguridad, ¿comprendes?

Kyne asintió. En el último instante, Tsalia se volvió para no contemplar la horrible muerte del oceanita.

Las aguas lo envolvieron en un instante. El nivel subió rapidísimamente. Kyne tampoco quiso presenciar la horrible visión de un cuerpo humano reducido a pulpa por la formidable presión que reinaba a semejante profundidad.

La rabia se apoderó de su ánimo un instante. Agachándose, recogió la pistola y dijo:

—Me dan ganas de...

Tsalia apoyó una mano en su brazo.

—No lo hagas —suplicó—. Tú no eres un asesino.

—Cierto —admitió él, sin dejar de contemplar al inmóvil Creigh —, pero, ¿no crees que eso nos evitaría muchos problemas?

—Los evitaremos, supongo, viajando a Maxamor cuanto antes —contestó Tsalia sensatamente.

CAPÍTULO VII

Harin se sorprendió del regreso de los jóvenes, cuya ausencia no le había causado menor extrañeza.

—Hemos estado a punto de morir, doctor —explicó la muchacha sucintamente—. Pero luego le hablaremos con mayor detenimiento. ¿Cómo está la nave? —preguntó.

—Faltan algunos detalles. Quedará alistada dentro de pocas horas —respondió Harin.

—Doctor, Creigh ha dicho que tiene amigos por todas partes —intervino Kyne—. ¿Está seguro de que alguno de ellos no nos va a jugar alguna mala pasada?

—Todos son fieles...

—Alguno es un traidor —insistió el joven—. Por mi parte, me sentiría más seguro si fuésemos ya a la nave y ustedes dos hicieran una revisión a fondo.

—Norman tiene razón, doctor —exclamó Tsalia impetuosamente—. No estamos seguros de que alguno de los que creemos amigo no nos traicione.

—Está bien, pero se necesita algo de equipaje para los dos. Tsalia, tú puedes darle a Norman algunas de mis ropas. —Harin se volvió hacia el joven—. Todas son de un tejido especial, elástico y fácilmente acomodables a cualquier figura —explicó.

—Será cosa de alabar el sentido práctico de los oceanitas —sonrió Kyne—. ¿O debo llamarles maxamorianos porque proceden de Maxamor?

Harin se encogió de hombros.

—Eso no es cosa de importancia —respondió—. Anda, Tsalia, prepáralo todo pronto.

La muchacha echó a correr escaleras arriba. Kyne se sirvió una copa de aquel brandy de algas que ya empezaba a encontrar agradable.

—Una mujer encantadora —calificó, refiriéndose a Tsalia—. ¿Vive sola en Océana?

—Sí. Voluntariamente. Está cumpliendo un período de servicio científico de dos años. Después volverá a Maxamor.
—¿No puede convertirse en ciudadana de Océana?
—Ella no lo ha pedido. Podría hacerlo, por supuesto.
—Usted sí lo es, doctor.
—En efecto, pero si vivo aquí es con la esperanza de convertirme algún día en un «superficial». Norman.
Kyne tomó un sorbo de licor y chasqueó la lengua. —No sabe lo bien que se vive en la superficie —dijo—.
Aire puro, brisa fresca y perfumada, verdes colinas, montañas blancas y azules, ríos con árboles... el mismo mar tiene un aspecto encantador, contemplado desde la otra orilla, por supuesto.
—De todo eso quieren privamos los oceanitas —manifestó Harin.
—Pero, ¿por qué? No acabo de entenderlo, doctor.
—Ellos ocupan una posición privilegiada: puestos directivos, honores, preeminencias, sinecuras de toda clase... Si la gente sube a la superficie, se dispersará inmediatamente; no querrán aglomerarse de nuevo en otra ciudad. Buscarán espacios abiertos, vagarán, recorrerán la tierra firme en todas direcciones... Ellos se verán reducidos a la simple condición de un número más... y saben que arriba su condición no será superior a la de nadie. Eso, espero, te lo explicará todo, Norman.
—Si, lo comprendo perfectamente —murmuró el joven—. Y nuestro planeta, después de la destrucción, quedó casi completamente deshabitado. Se calcula que ahora, en total, no somos más allá de cuarenta o cincuenta millones de seres humanos. Es una cifra estimada casi a ojo; no hay un censo exacto, claro.
—Vuestro planeta necesita ser repoblado. Es habitable y todo mundo habitable debe ser habitado —dijo Harin solemnemente.
—Cierto. A menos que la llegada de los maxamorianos produzca una superpoblación perniciosa...
Harin se echó a reír.
—En Maxamor, que es, más o menos, del tamaño de la Tierra,

viven solamente unos seiscientos millones de personas. Y no todos querrán emigrar, créame, algunos sí vendrán, por supuesto: gentes con espíritu de aventura, científicos, ingenieros, médicos..., hasta artistas; pero los maxamorianos no seremos nunca enemigos de los terrestres.
—Una afirmación reconfortante, doctor —dijo Kyne.
—En la galaxia, todo ser humano debe ser hermano de todo ser humano —manifestó el doctor con acento sentencioso.
—Algunos, en cambio, ponen en práctica un viejo aforismo terrestre: *Homo hominis lupus*.
—¿Cómo? —exclamó Harin, intrigado.
—El hombre es un lobo para el hombre —tradujo el joven.
—Ah, ya, eso se refiere a los tipos como Creigh.
—No lo dude, doctor.
Tsalia apareció en aquel momento con sendas bolsas de viaje en las manos. Kyne le alivió del peso, contemplándola con admiración, que la hizo ruborizarse.
Ella vestía ahora un traje de una sola pieza, de color azul fuerte, que se ajustaba a su figura como una segunda epidermis.
—¿Quién piensa ahora en Helen? —murmuró Kyne embobado.
—¿Qué dices, Norman? —preguntó Tsalia.
—Nada, no te preocupes. ¿Vamos, doctor?
—Sí, cuando quieran.
Kyne cargó con las dos bolsas en una sola mano. La otra se posesionó del brazo izquierdo de la muchacha, a lo que ella no tuvo nada que objetar.
Momentos después se dirigían hacia la salida de la cúpula.
—Tendremos que caminar unos cuantos kilómetros a pie —dijo Harin—. A estas horas, las aceras móviles no funcionan.
—Andar un poco nunca perjudica a nadie —rió Kyne. La aventura empezaba a gustarle. Claro que estaba corriendo graves riesgos, pero valía la pena.... porque Tsalia estaba a su lado.
Pronto alcanzaron la otra esclusa. Cuando iban a cruzar la primera compuerta, oyeron a lo lejos una fenomenal detonación.

Harin lanzó un agudo grito, a la vez que los empujaba con ambas manos.
—Corran, muchachos; la cúpula ha reventado. Kyne tiró de Tsalia y los dos cruzaron la compuerta apenas un segundo antes de que el mecanismo de seguridad actuara, cerrándola automáticamente. Se oyó un fuerte chasquido y luego el horrendo fragor de miles de millones de toneladas de agua penetrando en el interior de la cúpula.
Harin quedó a pocos pasos de la compuerta. Sonreía de una manera extraña, a la vez que apuntaba con el índice hacia arriba.
Tsalia rompió a llorar. Los dientes de Kyne crujieron estremecedoramente.
Enormes ondas de espuma invadieron la cúpula en pocos momentos. Las casas saltaban como simples castillos de naipes. Algunos de sus moradores salían despedidos a lo alto con tremenda violencia.
Una gran ola arrastró al profesor, haciéndolo desaparecer de la vista de los dos jóvenes. Kyne atrajo a Tsalia contra su pecho.
Ella lloraba desconsoladamente. Todavía con las mandíbulas contraídas, Kyne hizo una pregunta a la muchacha:
—Tsalia, ¿cuántas personas habitaban en esa cúpula?
—Seis, siete mil, es la cifra media de habitantes en cada cúpula —respondió ella.
—Está bien. Algún día, lo prometo solemnemente, Creigh pagará juntas siete mil vidas humanas.

CAPÍTULO VIII

Tsalia y Kyne se cruzaron con los equipos de socorro, que, desgraciadamente, no podrían hacer ya nada por los infortunados moradores de la cúpula inundada. Las aceras móviles habían sido puestas en funcionamiento, a fin de un mejor desplazamiento de los habitantes de Océana.
Tsalia le guió a través de cinco o seis cúpulas, hasta que llegó a una en la que los edificios eran muy escasos.

—Es la central de transportes —dijo.
Entraron en la cúpula. No había nadie en aquellos momentos. Tsalia le guió hasta un edificio de forma cúbica, en el cual entraron. Una plataforma descendió a varios cientos de metros de profundidad. Al terminar su viaje, Tsalia guió al joven a lo largo de un túnel brillantemente iluminado, en el fondo del cual se divisaba la parte inferior de una astronave de raro aspecto. Cuando llegaron al final del túnel, Kyne, asombrado, vio puesta en pie lo que parecía una pesa de gimnasia, con los extremos cilíndricos.
En síntesis, eran dos barriles gigantescos, unidos por un tuvo central. La pesa superior era de tamaño inferior a la situada en la base y la altura total del aparato superaba los ochenta metros.
—Abajo están los motores y el combustible, convenientemente protegidos para evitar la radiación. Los habitáculos están en el cilindro superior —explicó Tsalia.
Había una torrecilla con ascensor, mediante el cual pudieron llegar al puesto de mando. Tsalia se dedicó inmediatamente a la comprobación de los instrumentos. —Todo está en orden, parece —dijo.
—En tal caso, creo que no debemos perder más tiempo, opino —manifestó Kyne.
—Por supuesto.
Tsalia empezó a manejar las palancas y teclas del cuadro de mando. Kyne vio unos cómodos sillones y le extrañó que no los ocuparan.
—No es necesario; la nave lleva dispositivo autocompensador de la aceleración. Los sillones, simplemente, son para descansar cuando uno está fatigado de estar de pie.
—Tendremos que atravesar el océano —supongo.
—La compuerta que hay sobre nuestras cabezas se abre automáticamente. Esta astronave también resiste perfectamente la presión de las aguas.
—No olvidáis detalle —sonrió Kyne—. Es de creer que la cuestión alimenticia haya sido cuidada como se debe.
—Oh, no te preocupes, no comerás demasiado en el viaje.

La muchacha presionó una tecla y la nave empezó a ascender lentamente. Kyne supuso que su propulsión se debía a algún sistema antigravitatorio. Sobre sus cabezas se abrió silenciosamente una gran compuerta.
La nave penetró en una esclusa de tamaño más que holgado para contenerla sin dificultades. La compuerta superior era de forma semiesférica y, a través de ella se podía ver el océano.
La compuerta inferior se cerró y el agua empezó a entrar en la esclusa. Momentos después, la nave estaba completamente envuelta en agua.
Entonces fue cuando se abrió la compuerta superior. Tsalia hizo que la nave ascendiera.
—Su forma no es muy hidrodinámica, por eso no correremos tanto como el submarino. Pero el diseño es el más adecuado para viajar por el espacio.
—Comprendo.
A pesar de todo, la velocidad ascensional era de unos veinticinco kilómetros a la hora. Kyne se dio cuenta de que antes de treinta minutos habrían alcanzado la superficie del océano.
—¿Qué tiempo emplearemos en atravesar la atmósfera y salir al espacio exterior? —preguntó Kyne.
Tsalia no pudo contestar. Una luz centelleó en el cuadro de mandos.
La muchacha movió una tecla. Casi en el acto, se oyó un grito terrible:
—¡Eh! ¿Quién diablos ha puesto en marcha esta maldita astronave?
Kyne pegó un respingo. Tsalia, tras la sorpresa, pulsó otra tecla y una pantalla de televisión se encendió inmediatamente.
El rostro de un sujeto, que expresaba un vivo enojo, apareció en la pantalla.
—¡Cydus! —exclamó Tsalia.
—Muchacha, pero, ¿por qué diablos...?
—Antes de nada, Cydus, ¿quieres explicarme qué haces tú allá abajo?
El hombre se mordió los labios.

—Estaba... —Su vacilación era evidente.
—Cydus, tú no tenías por qué estar en el departamento de motores. Te lo ordenó Creigh, ¿no es cierto?
—Bueno, yo vine a comprobar... ¡Tsalia, el nivel de radiación está subiendo alarmantemente! —chilló de repente Cydus.
—Resulta lógico, cuando una astronave se pone en marcha. Y ese nivel subirá todavía más —contestó ella, inflexible.
—Voy a morir —gimió el individuo.
Kyne le puso una mano en el brazo de la muchacha.
—¿No se puede hacer nada por él? —preguntó.
—Ya es demasiado tarde —respondió Tsalia—. En estos pocos minutos, ha quedado empapado de radiación hasta los huesos.
—Pero, ¿cómo podéis usar motores «sucios»? —se asombró Kyne.
—Sólo se emplean para propulsar la nave en cotas subatmosféricas o submarinas. Están muy bien protegidos, de modo que si tú te encuentras en el exterior, a dos pasos, no recibirás el menor daño. Pero Cydus está adentro, lo cual es muy diferente.
Kyne contempló la pantalla, en la que aparecía el rostro de Cydus, bañado en lágrimas.
—Te envió Creigh, ¿no es así, Cydus? —insistió ella.
—Sí, me dijo que tenía... que debía... Tsalia, ¿de veras no puedes hacer nada por mí? —sollozó el sujeto.
—Lo siento. La radiación es muy escasa con los motores pasados y, aun así, es preciso penetrar en el departamento de energía con traje protector, cosa que tú no llevas, a lo que veo.
—No, Creigh no me dijo...
Tsalia volvió los ojos hacia Kyne.
—Es un desalmado. Sabía lo que iba a pasar —murmuró.
—Así se deshace de un testigo comprometedor —contestó Kyne con las facciones contraídas, porque estaba viendo un cadáver viviente—. ¿Cuánto durará?
—Muy pocas horas. El aumento de radiación ha sido muy grande, pero no precisamente para ascender, sino para todo lo contrario.
—¿Cómo? —se sorprendió Kyne.

—La nave pesa mucho menos que un volumen igual de agua. De no refrenar su movimiento ascensional, subiríamos en poquísimos minutos a la superficie y ello afectaría sin duda a las estructuras del aparato. No es lo mismo moverse con una astronave bajo las aguas que en la atmósfera.
—Ya —dijo él—. Pero, ¿qué diablos hacía Cydus en el departamento de energía?
—Sólo podremos saberlo cuando estemos en el espacio y podamos salir del habitáculo.
—Si ha puesto una bomba...
—Tendremos que correr ese riesgo —dijo ella fríamente—. La bomba, por supuesto, no estallará bajo las aguas, porque la explosión contaminaría el mar en las inmediaciones de Océana e, incluso, podrían estallar hasta los motores subespaciales, lo cual podría acarrear la destrucción entera de la ciudad. Y eso, como puedes comprender, no le conviene a Creigh.
—Entonces debemos esperar.
—No hay otro remedio.
Cydus estaba fuera de imagen. Tras una ligera vacilación, Tsalia cortó la comunicación con el departamento de energía.

* * *

Convenientemente protegidos por los trajes antirradiación, Tsalia y Kyne penetraron en la cámara de energía.
Cydus estaba derribado en el suelo. Vio a la pareja y se incorporó débilmente.
—Me siento muy mal... —gimió.
Estaba empapado de radiación hasta la médula, pensó Kyne. Tsalia se arrodilló junto al caído y le puso un micrófono en la boca.
—¿Dónde está la bomba? —preguntó.
—No…, hay bomba... Sólo desconecté... seis varillas... energéticas…
Tsalia palideció bajo el casco protector.
—¡Seis varillas! —repitió.
Cydus hizo un esfuerzo y sacó un papel del bolsillo. —Creigh...

me entregó un esquema... —Su cabeza cayó de nuevo hacia atrás.
—¿Dónde están las varillas? —preguntó Tsalia, procurando mantener la serenidad.
—Pude sacar cinco. Otra… está ahí...
Kyne siguió la dirección que Cydus señalaba débilmente y pudo ver un largo cilindro, de unos cuatro metros por veinte centímetros de diámetro.
Alargó la mano y cogió el micrófono.
—¿Es grave la avería? —preguntó.
—No irreparable, aunque sí lo suficiente para que tardemos diez años en llegar a Maxamor, en lugar de las dos semanas que suele emplearse corrientemente en el viaje.
—Diez años. —A Kyne se le pusieron los pelos de punta—. Tsalia, regresemos a la Tierra, te lo ruego.
Ella hizo un gesto negativo.
—Lo siento. Encontraré una solución, pero es necesario de todo punto que continuemos nuestro viaje. Debemos hablar con Syba y contarle lo que sucede en Océana.
—¿Quién es Syba?
—Vosotros la llamaríais reina. Es nuestro jefe de Estado planetario —contestó ella.
Kyne asintió, mientras contemplaba a Cydus, que respiraba cada vez con mayores dificultades.
—Creigh lo engañó miserablemente —dijo con acento compasivo.
—Siempre hay tontos que se creen lo que les dicen los listos —exclamó ella rabiosamente—. Vámonos, Kyne.
—Pero Cydus...
—Ha muerto ya. Más tarde lanzaremos su cuerpo al espacio —decretó la muchacha con tajante acento.

* * *

—De modo que el viaje tiene como motivo principal hablar con Syba...
—Sí. Ella reina, pero no gobierna. Sin embargo, posee la

suficiente influencia en el gabinete ministerial para proponer, en ocasiones, nombramientos y destituciones. Si conseguimos hablar con ella, las cosas, en Océana, variarán considerablemente.
—Ya entiendo. Sin embargo, hay algo que no acabo de comprender del todo, Tsalia.
—Dime, Norman.
—Por lo visto, hay un grupo que no quiere que la gente de Océana suba a la superficie. Sus motivos, en apariencia, son simplemente políticos: quieren seguir manteniéndose en el poder. Pero a mí me parece que no son motivos suficientes.
—Yo no veo otros...
—Tiene que haberlos —insistió él—. Lo que pasa es que no corre prisa averiguarlos. Más urgente es saber cómo nos las arreglaremos para solucionar el problema que nos creó ese pobre tonto de Cydus.
Tsalia suspiró.
—Hay una solución, aunque bastante arriesgada —contestó—. Y aunque no nos pase nada, dudo de que lleguemos a conseguir la reserva de combustible que necesitamos.
—Bien, ¿cuál es esa solución?
—Rymur y su directora, es decir, su jefe de Estado.
Se llama Ebynia y es enemiga personal de Syba.
Kyne se dio una palmada en la frente.
—¡Lo que nos faltaba! —se lamentó.
—Podemos llegar bien a Rymur, pero agotaremos el combustible. Si Ebynia no quiere reponerlo, tendremos que quedarnos en Rymur..., y ojalá nos quedemos vivos, aunque la perspectiva tampoco es muy agradable.
—¿Por qué? —preguntó él.
—A Ebynia se le puede ocurrir vendemos como esclavos. Viviríamos con una argolla al cuello el resto de nuestros días.
—Y si no corremos ese riesgo, el viaje nos durará diez años.
—El de la nave, sí; nosotros no duraremos tanto, porque no hay víveres, agua ni oxígeno más que para dos meses —contestó la muchacha.

CAPÍTULO IX

La nave descendió lentamente en un paraje de abundante vegetación. A lo lejos se divisaba una gran ciudad.
—Es la capital de Rymur —indicó Tsalia.
—Donde podemos dejamos el pellejo o, en el mejor de los casos acabar en el mercado de esclavos.
—Si. Pero aún nos queda una oportunidad.
—¿Cuál, Tsalia?
—Llegar hasta Ebynia antes de que nos atrapen. En medio de todo, no es mala; sólo un poco caprichosa.
—No es una buena cualidad en una mujer que es jefe de Estado planetario —refunfuñó él—. Bueno, creo que cuanto antes emprendamos la marcha, será mejor.
Una escalera automática se desplegó en el exterior, lo que les permitió llegar a suelo sin dificultades. Kyne calculó que llegarían a la ciudad al atardecer, sin esforzarse demasiado.
—Tsalia, ¿crees que podrás entrevistarte con Ebynia sin que se entere nadie? —preguntó Kyne.
—Al menos, lo intentaré.
—¿ Te conoce ella?
Tsalia guardó silencio. Kyne insistió en la pregunta.
—Por favor —dijo la muchacha—. Ya lo sabrás en su momento.
Kyne la contempló con extrañeza. Evidentemente, Tsalia no parecía hallarse muy a gusto en Rymur, pero no era sólo por las posibilidades existentes de acabar en la esclavitud.
—Bien —dijo con voz neutra—, lo mejor será que empecemos a...
Kyne no pudo seguir adelante. De súbito, un grupo de individuos, montados en unos extraños artefactos, salió de la espesura y cargó hacia la pareja a toda velocidad.
El joven se quedó estupefacto. Parecían jinetes, pero no montaban en caballos, sino en una especie de tubos no mayores de dos metros de largo por cincuenta centímetros de diámetro y con una especie de silla de montar en su parte superior central. Hacia la proa, llevaban una especie de bastón

de mando, con el que guiaban el vehículo, que se deslizaba vertiginosamente a un metro del suelo, aproximadamente.
—¡Caballos mecánicos! —exclamó, en el colmo de la estupefacción.
Pero los motivos de asombro eran más. Los jinetes, media docena en total, iban protegidos por una especie de corazas doradas, con cascos emplumados y, aunque se les veía una especie de pistola al cinto, el arma que parecía agradarles más era una larga lanza, con una flámula azul y dorada cerca del hierro.
Uno de los jinetes se adelantó a los otros y bajó la lanza, dirigiéndose rectamente hacia Kyne. El joven plantó los pies en la tierra y se dispuso a repeler el ataque.
En el último instante, saltó a un lado. La lanza pasó rozándole el pecho. Ni siquiera intentó apoderarse de ella en aquel instante; le bastó estirar los brazos y empujar con las manos al individuo, para hacerle dar la voltereta y estrellarse aparatosamente contra el suelo.
El vehículo, sin gobierno, se movió erráticamente. Tsalía tuvo que echarse al suelo para no ser atropellada. Un segundo después, aquel singular caballo mecánico golpeaba a otro jinete y lo derribaba también por tierra.
Kyne recogió una de las lanzas. Los cuatro jinetes restantes continuaban su furiosa carga. De pronto, con el rabillo del ojo, Kyne vio que uno de los vehículos se dirigía rectamente hacia él, en sentido transversal.
Saltó hacia atrás y, con el cabo de la lanza, golpeó al aparato, haciéndolo cruzarse en la ruta de dos de los atacantes, que resultaron desmontados en el acto. Los otros dos se le arrojaron encima, pero Kyne se tiró al suelo con precisión y los caballos mecánicos pasaron velozmente por encima de él.
Kyne se incorporó en el acto. De pronto, oyó un grito de la muchacha:
—¡Norman, ven!
El joven no contestó. Se había levantado y esperaba el siguiente ataque.
Los dos jinetes habían virado en redondo a una veintena de

metros. Ahora se arrojaban sobre él, separados por una distancia de unos tres metros, las lanzas bajas, dispuestos a ensartarle sin la menor compasión.
Kyne comprendió que para aquellos individuos resultaba más agradable ensartar a un hombre con su lanza que matarlo con sus pistolas. Las dos afiladas puntas de hierro convergieron hacia él a gran velocidad.
En el último instante, Kyne flexionó las rodillas, dejando que las lanzas pasaran sobre su cabeza. Inmediatamente, se irguió, elevando los brazos cuanto pudo. Su lanza, transversal, estaba sujeta firmemente por las dos manos.
El impacto fue terrible. La lanza se partió y Kyne fue arrojado hacia atrás, pero, con el mismo impulso, dio una voltereta y se levantó ágilmente, mientras que los guerreros, desmontados por aquel inesperado obstáculo, rodaban aturdidos sobre la hierba.
—¡Aprisa, Norman! —gritó la muchacha nuevamente. Kyne echó a correr hacia ella. Tsalia se había apoderado de uno de los caballos mecánicos y estaba ya a horcajadas sobre la silla.
El joven saltó a la «grupa». Tsalia movió la palanca de gobierno y arrancó a toda velocidad.
—¿Podrá soportar este trasto el peso de dos personas? —dudó él.
Tsalia lanzó una alegre carcajada.
—Soportaría, incluso, el peso de la reina Syba —contestó.
La vegetación se deslizó rápidamente a ambos lados de la pareja. Antes de que los derrotados pudieran rehacerse, Tsalia y Kyne habían desaparecido de su vista.

* * *

El caballo mecánico quedó abandonado a poca distancia de la ciudad.
—Allá arriba está el palacio de Ebynia —indicó Tsalia.
—¿Hay mucha vigilancia? —preguntó Kyne.
—Trataremos de burlarla —respondió ella simplemente.
La ciudad era más bien fea, pero resultaba preciso convenir

que su trazado correspondía plenamente a las necesidades de sus moradores. No había aceras móviles y el caballo mecánico era el vehículo más usado, aunque Kyne pudo ver algunos vehículos de mayor tamaño, con cabina y capaces para varias personas.
Ninguno de los vehículos llevaba ruedas. Kyne calculó que era la antigravedad el medio de propulsión y sustentación conjuntamente. Unas gentes vestían con sencillez y no había en ningún rostro síntomas de privaciones.
—Aquí pasa como en otras partes —murmuró—. La masa vive bien, pero los políticos se empeñan en estropearlo todo.
—¿Qué dices, Norman?
—Nada, no te preocupes —sonrió él—. Sigamos.
Atravesaron la ciudad sin prisas, a fin de no hacerse sospechosos. Finalmente, remontaron la pendiente que conducía a la cúspide de la colina, sobre la cual se hallaba el edificio en que residía la directora Ebynia.
—Será vieja y tal vez gorda —apuntó Kyne—. O delgada y con la cara tan arrugada como una pasa.
Tsalia no dijo nada. Hacía ya mucho rato que había anochecido, pero había iluminación suficiente para captar sin esfuerzo los detalles.
De repente, un anchuroso foso les cortó el paso.
Estaba lleno de agua y su anchura no era inferior a los cincuenta metros. Casi parecía que el palacio fuese una isla en el centro de un lago.
—Con esto no contaba yo —murmuró Tsalia.
—¿No hay medio de pasar al otro lado?
—Nadando..., pero no tengo la seguridad de que el foso no esté infestado de peces carnívoros o algo por el estilo. A Ebynia le gustan mucho cierta clase de distracciones.
—Debe de ser una mujer muy cruel —opinó Kyne. Los muros eran tremendamente altos. Kyne pudo ver al otro lado, en la parte superior, unas terrazas ajardinadas, que debían de servir, estimó, para que Ebynia pudiera solazarse sin abandonar su palacio.
De repente, se oyó a lo lejos un sonoro trompeteo. Tsalia

agarró el brazo de Kyne y tiró de él.
—Escóndete, pronto —gritó.

* * *

Había abundantes masas de vegetación a ambos lados y la pareja se agazapó tras un macizo lleno de extrañas flores azules y anaranjadas. A lo lejos se divisó un extra· ño cortejo de luces.
—Son los faros de los caballos mecánicos —dijo la muchacha.
Las trompetas continuaban sonando. Momentos después, un nutrido escuadrón de jinetes se detenía al borde del foso.
—¿Por qué no siguen? —preguntó Kyne.
—Los motores de esos aparatos son de poca potencia. Actúan también por reflexión sobre suelo sólido, pero no pueden volar por el agua, que no tiene poder reflectante de los rayos antigravitatorios. En realidad, lo tiene, pero en mucho menor grado.
Un gigantesco puente levadizo empezó a descender en aquellos momentos. Kyne no sabía ya si soñaba o estaba viendo algo que no cabía en su mente.
—Caballos mecánicos... Puentes levadizos... Esto es la Edad Media de una época supercivilizada —se dijo.
—Ese escuadrón debe de ser el refuerzo de la guardia —opinó Tsalia—. Es muy probable que la noticia de nuestra llegada se haya extendido ya y a alguien se le ha ocurrido la idea de reforzar la vigilancia del palacio.
—Pero nosotros venimos con intenciones pacíficas...
—Ebynia y Syba se odian a muerte.
—Oh, ya comprendo. Creen que Syba ha enviado unos asesinos para deshacerse de su mortal enemiga.
El puente levadizo se apoyó en tierra firme. El escuadrón reanudó su marcha, en dirección al portón de acceso al recinto.
Momentos después, los sesenta jinetes habían desaparecido de la vista de la pareja. Entonces fue cuando Kyne concibió una idea.
—¡Ven, Tsalia!

Agachado, echó a correr. Ella le siguió, sin comprender muy bien sus intenciones.
El puente empezó a levantarse de nuevo. Las manos de Kyne se aferraron a un resalte inferior. Tsalia comprendió la idea del joven y le imitó en el acto.
Momentos después, estaban a sólo un par de metros de la muralla superior. El resalte era bastante amplio y tanto Kyne como Tsalia pudieron ponerse en pie sobre el mismo.
Kyne bajó la vista un momento. Las aguas del foso cabrilleaban ligeramente. Aunque no hubiese peces carnívoros, el choque desde cincuenta metros podía aturdir a un hombre y, si caía mal, incluso matarle.
Por encima de ellos sonaban unos pasos rítmicos.
Kyne se volvió y alargó las manos hacia el borde de la muralla, izándose luego a pulso.
Un centinela, armado con su larga lanza, se paseaba a intervalos regulares. Kyne esperó a que el rymuriano le hubiese vuelto la espalda y entonces, sin hacer el menor ruido, se puso en pie sobre el borde de la muralla y saltó hacia adelante.
El centinela cayó, aturdido. Kyne terminó de atontarlo con un seco golpe tras la oreja derecha.
Acto seguido, le desposeyó de su pistola. Luego corrió hacia el muro.
—Tsalia, el paso está franco —dijo.
La muchacha saltó un instante después al camino de ronda.
—¿Muerto? —preguntó, refiriéndose al caído.
—No, sólo desmayado. Oye, ¿qué clase de proyectiles dispara esta pistola?
—Disolventes. El cuerpo humano alcanzado por uno de esos proyectiles se convierte en gas a los pocos instantes.
—Nosotros los llamaríamos desintegradores —murmuró él—. ¿Conoces, el camino para llegar a las habitaciones de Ebynia?
—Sígueme —contestó Tsalia resueltamente.

* * *

La mujer estaba reclinada lánguidamente sobre una lujosa

hamaca, con una gran cesta de frutas al alcance de su mano. Kyne casi se quedó sin aliento al contemplar su increíble hermosura.
Su vestimenta era escasa en tejido y el pelo, negro y brillante, caía libremente sobre sus hombros desnudos. En aquellos momentos parecía repasar unos documentos.
—Ahí está —susurró Tsalia. Kyne abrió la boca, estupefacto.
—¿Esa es... Ebynia? —preguntó.
—Sí, la misma.
—Y yo que creía...
Kyne no pudo seguir hablando. Impulsivamente, Tsalia se incorporó y abandonó el macizo de flores tras el cual habían permanecido escondidos hasta entonces.
—Hola, Ebynia —saludó con voz cortante.

CAPÍTULO X

La Directora se levantó de un salto. Kyne observó que era aún más alta de lo que parecía.
Sus bellos ojos negros expresaron un inmenso asombro.
—Tú —dijo.
—Sí, Ebynia, yo misma.
—La hija de...
—De tu peor enemiga, lo admito —contestó Tsalia fríamente—. Pero yo no tengo la culpa de la enemistad entre tú y... y Syba.
Una débil sonrisa se formó en los labios de Ebynia.
—¿Era «él» culpable de que yo resultase elegida directora de Rymur? —preguntó.
Tsalia inspiró profundamente.
—Ocurrió hace cinco años. Repito que yo no tuve la culpa, Ebynia.
Los ojos de la directora repararon en aquel momento en la elevada figura del joven.
—¿Quién es ese hombre? —preguntó.
—Mi acompañante. Se llama Norman Kyne, de la Tierra.
Kyne se inclinó galantemente.

—Es un honor para mí conocerla, señora —saludó. Ebynia le contempló con expresión crítica.
—El palacio está muy vigilado —dijo—. ¿Cómo habéis entrado?
—Hemos usado el puente levadizo, señora —respondió Kyne.
—¿Qué estás diciendo? Imposible...
—El puente levadizo nos llevó a lo alto de la muralla, cuando lo levantaron. Subimos colgados de él —explicó el terrestre.
—Hay centinelas...
—Sólo uno y lo atonté de un par de puñetazos.
Ebynia entornó los ojos.
—Estoy por sospechar que tú eres ese extranjero que ha derrotado a seis de mis jinetes —dijo.
Kyne volvió a inclinarse de nuevo.
—He tenido ese honor, señora —admitió.
—Sin más que tus manos —añadió Ebynia pensativamente—. Además de fuerte, eres un hombre muy inteligente.
—Lo corriente nada más, señora —dijo Kyne con modestia.
Una singular sonrisa se formó en los labios de Ebynia. —Bien, luego hablaremos de ese asunto —manifestó—. Tsalia, debo confesar que lo que menos esperaba era verte por aquí.
—Tampoco yo he venido a gusto. Pero no he tenido otro remedio.
—Diríase que vienes a pedirme algo, ¿no es así?
—En efecto. Seis barras de combustible para poder continuar mi viaje hasta Maxamor. Tú puedes hacer que nos las entreguen. Mi... Syba te pagará luego lo que pidas.
Ebynia lanzó una estridente carcajada.
—No concibo a Syba aflojando los cordones de su bolsa —dijo con evidente acento de burla—. Pero tal vez me incline a dar la orden de suministrarte el combustible si...
Ebynia hizo una pausa con toda deliberación.
—Os daré el combustible mediante una condición —añadió.
—Habla —invitó Tsalia.
—Pasado mañana debía celebrarse la final del torneo anual de primavera. No se celebrará, porque el finalista no encuentra contrincantes.
—Ah, ya entiendo.

Ebynia dirigió al joven una mirada llena de malicia.
—Si ese hombre vence al finalista, tendréis el combustible —aseguró.
—¿Qué sucederá si pierdo? —quiso saber Kyne.
—Tú estarás muerto y a ella la venderé como esclava.

* * *

Kyne sintió que se le hacía un nudo en el estómago.
Antes de que pudiera decir nada, un nutrido pelotón de guerreros irrumpió en el jardín y sus lanzas formaron un semicírculo de hierro en tomo a los recién llegados.
—Encierren a la mujer —ordenó Ebynia fríamente—.
En cuanto al hombre, desármenlo, pero no lo toquen. Quiero hablar a solas con él.
El mandato fue obedecido con singular rapidez. Un minuto más tarde, Kyne, sin la pistola arrebatada al centinela, estaba solo frente a la Directora.
Ella contaba unos veintiocho o treinta años y era peligrosamente bella. Sonreía de un modo extraño al mirar a su invitado.
—¿Me ves algo raro? —preguntó Kyne.
—Veo a un hombre joven y apuesto que, además, tiene el aliciente de ser extranjero. —Ebynia volvió a reclinarse en el diván—. Ven, siéntate a mi lado —invitó.
Kyne obedeció. Ella, con las manos bajo la nuca, le miraba incitantemente.
—¿Por qué odias a Tsalia? —preguntó.
—Los rymurianos me eligieron Directora. Syba quería el puesto para su hija.
—Oh, no lo sabía.
—Y, además del cargo, quería también un esposo para ella, precisamente el hombre a quien yo amaba.
—¿Qué le sucedió a ese hombre?
—Syba ordenó darle muerte.
Hubo un momento de silencio.
—Comprenderás que yo no tengo la culpa de estas intrigas

palaciegas —dijo Kyne al cabo.
—No, pero estás con Tsalia y eso te compromete gravemente.
—Desde luego. Sin embargo, me gustaría hacerte algunas reflexiones. Después, tú decidirás si entregarme o no el combustible, sin necesidad de pelear en la final de ese torneo.
—Muy bien, adelante.
—Estoy desarmado, pero puedo matarte. Estrangulándote con mis manos, para mayor claridad.
Ebynia se incorporó, alarmada.
—No lo harás —dijo.
—¿Quién me lo impediría? —rió él—. Estamos solos, ¿no?
—Tú morirías también...
—Ebynia, por lo que he podido deducir, llevas una vida muy agradable. Estoy seguro de que hay en tu escolta oficiales jóvenes y apuestos. A veces, me imagino, te sientes muy sola y llamas a uno de esos oficiales para que te haga compañía.
—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella con voz crispada. Kyne soltó una risita.
—Simplemente, me lo he imaginado. Una Directora joven y muy hermosa... y sin un hombre al lado, a la fuerza tiene que sentirse muy sola en más de una ocasión.
Los mórbidos brazos de Ebynia se enroscaron en torno al cuello del terrestre.
—Tienes razón, Norman —musitó con cálido acento—. ¿Por qué no me haces tú compañía un rato? —Sólo con una condición, Ebynia.
—Dime, Norman.
—Combustible para la astronave.
—Oh, creí que ibas a pedirme que no te haga intervenir en el duelo —dijo ella, decepcionada.
Kyne se echó a reír.
—Para un terrestre, una mujer hermosa y un duelo con un fiero enemigo, son los mayores alicientes de su vida... y si ambos pueden resultar peligrosos, yo no pienso eludir en absoluto ninguno de los dos riesgos —contestó.

* * *

Ebynia se arreglaba el pelo a la mañana siguiente.
Kyne desayunaba en una mesita situada en la terraza.
—Ebynia, ¿cómo se llama mi adversario? —preguntó Kyne en voz alta.
—Zvotor. No tendrá piedad de ti; sabe que sólo uno de los dos debe sobrevivir.
—¿Cómo es Zvotor?
—Mide dos metros y medio de altura, pesa ciento cuarenta kilos y es ágil como un felino.
Kyne perdió el apetito instantáneamente.
—Caramba —masculló—. Vaya un enemigo que me has buscado.
—Es la ley, querido —respondió ella indiferente.
—¿Promulgada por ti?
—Oh, no, no, ya existía mucho antes de que los rymuronianos me ofreciesen el puesto de Directora. Al aceptarlo, yo tuve que jurar respeto a las leyes del planeta.
—Entiendo. ¿Qué clase de armas emplearemos?
—Ninguna, Norman.
—Una lucha a brazo partido, ¿eh?
Ebynia salió a la terraza, envuelta en un largo peinador de flotantes velos blancos y con el pelo peinado en una alta y artística pirámide, adornada con varias vueltas de lo que parecía una sarta de perlas, gruesas como garbanzos. Puso las manos sobre los hombros del joven y se inclinó para frotar su mejilla contra la de Kyne.
—Lo siento, no puedo eludir la ley —dijo.
—Pero yo no he tomado parte en el torneo...
—La ley dice que si un finalista no encuentra contrincante, el primer prisionero de guerra deberá combatir con él.
—¡Ebynia, yo no soy prisionero de guerra! —respingó Kyne.
Ella dio la vuelta y se sentó en sus rodillas.
—Eres mi prisionero. ¿No te basta? —dijo, sonriendo hechiceramente.
—Tú tienes ganas de ver cómo ese monstruo me parte en dos con sus manazas —gruñó Kyne malhumoradamente.

—Será una pelea maravillosa —suspiró Ebynia.
—Ya, ya... Y todo eso, porque odias a Syba y a su hija.
—Me tomaré el desquite por lo que Syba me hizo cinco años atrás.
—Mató a un hombre y tú le amabas.
—Si.
—¿Cómo le mató?
Ebynia hizo un gesto evasivo.
—No lo sé. Un día me dijo que había muerto y eso es todo —contestó.
—Pero no viste el cadáver.
—¿Para qué? Syba no podía mentirme; disfrutaba demasiado viendo la cara que ponía yo al enterarme de la muerte de Tehbon.
—Ya entiendo. El desquite por el fracaso de sus pretensiones al querer colocar a Tsalia en el puesto de Directora de Rymur.
—Sí, justamente. Así, Syba hubiese podido gobernar los dos planetas. Tsalia era sólo un pelele en sus manos.
—Y tú eras más independiente.
—Estoy aquí, ¿verdad?
Kyne picoteó un par de granos de algo muy parecido a la uva terrestre.
—¿Puedo pedirte un favor, Ebynia? —solicitó.
—Si. Dime, Norman.
—Quiero ver a Zvotor.
Ella se sorprendió de la petición.
—¿Por qué? —quiso saber.
—Conviene conocer al adversario. Yo mido algo menos de dos metros, pero es la primera vez que voy a enfrentarme con un tipo que me pasa tres palmos largos y sesenta kilos de peso —respondió Kyne.
—Haré que un oficial te acompañe al alojamiento de Zvotor —prometió ella.
—Gracias, hermosa. Ah, a propósito, ¿dónde tendrá lugar el duelo?
—Aquí mismo, en la terraza; y lo transmitiremos por televisión a los más alejados rincones del planeta.

—Por lo visto, resultaría un gasto exorbitante construir un estadía adecuado —dijo Kyne irónicamente.
—Lo hay, pero es muy pequeño y sólo se usa en las fases preliminares del torneo. Las últimas etapas se desarrollan siempre en esta terraza.
—Ventajas de ser Directora, claro.
Ebynia seguía sentada todavía en las rodillas del terrestre. Se inclinó hacia él y le besó apasionadamente.
—Lástima que hayas de morir tan joven —murmuró.
—Espera un poco, preciosa —dijo él con sorna—. Aún estoy vivo.
Una hora más tarde, un oficial se detenía ante una puerta, situada en la parte más baja del palacio.
—Aquí es —indicó con no disimulada repugnancia.
—Déjeme solo con Zvotor —ordenó el joven.
—Sí, señor.
La puerta se abrió. Los ojos de Kyne contemplaron con no escasa admiración la colosal figura del hombre que tenía frente a sí.

CAPÍTULO XI

El duelo apenas tuvo historia, para decepción de los millones de espectadores que lo contemplaron en la pantalla y de quienes lo vieron en directo, Ebynia en, lugar preferente, rodeada de sus altos dignatarios.
Los dos contendientes estaban vestidos con unos simples taparrabos. Apenas dada la señal, Kyne saltó hacia arriba y golpeó con el puño el mentón de su gigantesco adversario.
Zvotor se tambaleó. Kyne le rodeó, saltó sobre sus hombros y le agarró por el cuello con ambas manos.
Un instante después, Zvotor se desplomaba fulminado. Kyne se situó frente al sillón ocupado por Ebynia y alzó la mano victoriosamente.
—He ganado —dijo.
Ebynia se sentía desconcertada.

—Parece imposible...
Un médico se había arrodillado junto al caído.
—Está muerto, Directora —informó.
Ebynia hizo un gesto con la mano.
—Que se lo lleven —dijo—. Que le entierren fuera de la ciudad.
Luego se encaró con el joven.
—Has ganado y, por lo tanto, has salvado la vida —continuó—. Pero eso es todo lo que vas a obtener de mí.
Kyne disimuló la cólera que sentía.
—Te agradezco la deferencia, señora —respondió. Los espectadores se alejaron pasados unos minutos.
Kyne y Ebynia volvieron a quedarse solos. —Entonces, no quieres darnos el combustible ni tampoco soltar a Tsalia —dijo él.
Ebynia le miró provocativamente.
—¿No tienes bastante con haber salvado la vida? —preguntó.
Kyne guardó silencio unos instantes. La mesa con el enorme frutero estaba a poca distancia. Había un par de cuchillos para mondar algunas de las frutas, ambos muy afilados. Uno de ellos, además, tenía punta, debido a ciertas características de alguno de los frutos.
Kyne cogió el cuchillo puntiagudo, como si fuese a mondar una de aquellas frutas. De pronto, se volvió hacia la joven.
—Ebynia, ¿te han puesto alguna vez un cuchillo en el pecho? —preguntó de repente.
Ella se incorporó de un salto. Antes de que pudiera hacer nada, Kyne la tenía sujeta por un brazo.
La punta del cuchillo se apoyaba en la desnuda piel de su cintura, sobre el ombligo.
—Algunas de esas frutas tienen la cáscara bastante dura —continuó Kyne—. Si empujo a fondo y luego tiro hacia arriba, te echaré las tripas fuera. ¡Y lo haré si no das ahora mismo las órdenes de proporcionarnos el combustible y de liberar a Tsalia!
Ebynia estaba lívida.
—Me has engañado...
—¿Y qué es lo que has hecho tú conmigo? Vamos, empieza ya —ordenó Kyne, señalando el videófono que había junto a la

mesa.

Ebynia inspiró profundamente. Luego, viendo que los ojos de Kyne expresaban la fría resolución de cumplir su amenaza, se acercó al videófono y empezó a hablar.

Mientras hablaba, la punta del cuchillo estaba continuamente apoyada en su costado izquierdo.

A media tarde, se recibió la información de que la nave había sido reaprovisionada y que Tsalia era conducida ya hacia el lugar donde se encontraba el aparato.

—Tú vendrás a despedimos, Ebynia —decidió Kyne, que no se fiaba de ella en absoluto.

—Algún día pagarás...

—Quizá de mejor manera de lo que tú misma esperas —contestó él.

Una hora más tarde, se hallaban al pie de la astronave.

Tsalia estaba ya en la escotilla superior. En su mano veía un objeto de formas imprecisas.

—Ella lanzará una bomba que destruirá todo en un radio de doscientos metros —dijo Kyne a los guardias que escoltaban a la Directora—. Naturalmente, lo hará si alguien intenta disparar contra mí mientras subo por la escalera.

Nadie hizo el menor gesto hostil contra el joven. Momentos más tarde, se cerraba la escotilla.

—¡Corre, despega, Tsalia! —gritó Kyne.

La muchacha se lanzó hacia el pupitre de mando. La nave se levantó con singular rapidez.

—Hubiera lanzado la bomba, si se atreven a disparar contra ti —dijo, todavía muy nerviosa.

Kyne se echó a reír.

—Y yo que creí que no era sino una caja de instrumentos —exclamó alegremente.

—Era una bomba auténtica, Norman. Yo tampoco me fiaba de Ebynia..., pero dime, ¿cómo conseguiste que te diera combustible?

—Luego te lo explicaré. Antes quiero que veas algo. Kyne se dirigió hacia la puerta del fondo y la abrió. —Zvotor, ven —llamó.

El gigante hizo su aparición segundos más tarde.
—Hola —sonrió.
Tsalia se sentía estupefacta.
—Pero... ¿qué hace este hombre a bordo de la nave? —exclamó.
—Lo llevamos a su planeta —dijo Kyne—. Zvotor y yo hicimos un trato. El se dejaría vencer y luego yo, en compensación, le devolvería la libertad.
—Pero yo vi cómo caía muerto. El médico mismo dijo que estaba... Ebynia tuvo el sadismo de hacer que colocasen un televisor en mi celda.
—Quería que me vieses morir, ¿eh?
—Así es. Sin embargo...
—Simplemente, me limité a tocar unos centros nerviosos del cuello de Zvotor, cosa más fácil que en un hombre corriente, a causa de su tamaño. Ello le hizo caer en un estado cataléptico, que el médico de Ebynia tomó como muerte.
Tsalia se pasó una mano por la frente.
—Eres infernalmente astuto —calificó.
—Me enterraron de un modo muy superficial —explicó Zvotor —. No me resultó difícil apartar la tierra cuando recobré el conocimiento. Norman me había pronosticado que estaría dormido de cuatro a seis horas.
Tsalia volvió a mirar al joven.
—Has hecho una labor muy meritoria, no cabe la menor duda, pero, a pesar de todo, apenas es nada comparado con lo que nos queda en Maxamor.
—Resultará difícil, ¿eh?
—Dudo mucho de que llegues a convencer a mi madre, Norman —dijo la muchacha.
—Eso es algo que habías tenido callado hasta ahora.
—Me pareció que sería mejor así. Ahora ya no importa que sepas la verdad.
—Toda la verdad, no, porque hay algunas cosas que desconozco. Por ejemplo, los motivos de la enemistad de tu madre con Ebynia.
—Ella es la hija de un anterior matrimonio; Ebynia y yo somos

hermanas solamente de padre.
—Ya entiendo. Y Syba, lógicamente, quería un buen puesto para su hija y no para la de su esposo.
—Justamente.
—La odiaba tanto que, incluso, fue capaz de matar al hombre con quien Ebynia iba a casarse.
Tsalia volvió la cabeza a un lado.
—Yo no tuve la menor intervención en esos hechos —contestó, muy alterada la voz.
—Está bien. Cuando vea a tu madre, hablaremos largo y extenso. Pero ahora, en primer término, debemos cumplir la promesa que hice a Zvotor antes del duelo. Hemos de llevarlo a su planeta.
—No hay inconveniente —accedió Tsalia.
Días después, se despidieron del gigante.
Zvotor estrechó sus manos, procurando hacerlo con sumo cuidado a fin de no dañarlos.
—Si un día os encontráis en un apuro, no vaciléis en venir a pedirme ayuda. Nunca podré olvidar al que me ha devuelto junto con los míos.
Kyne contempló un instante a la mujer de Zvotor.
Era todavía joven y bastante atractiva, a pesar de que le rebasaba en un palmo largo su cabeza. Su enorme estatura no excluía cierta finura de líneas en un cuerpo bien proporcionado. Había tres o cuatro chiquillos con ella, uno de los cuales, el mayor, de nueve años, era ya casi tan alto como el terrestre.
—Lo tendremos en cuenta —se despidió Kyne con una sonrisa.
Minutos más tarde, la astronave levantaba el vuelo. —Son ocho días hasta Maxamor —respondió Tsalia—.
Trataré de ponerme en contacto con mi madre, anunciándole nuestra llegada.
Al cabo de un buen rato, Tsalia consiguió la comunicación. Una voz impersonal informó que pasaría el mensaje a Syba.
Ya no hubo más respuesta. Tsalia se quedó muy intrigada, porque no había pedido entablar contacto directo con su madre.
En los días siguientes, tampoco pudo hablar con Syba. La muchacha se sentía honradamente preocupada por aquel

silencio.
—Quizá la hayan secuestrado los amigos de Creigh —sugirió Kyne.
—No me extrañaría en absoluto —admitió Tsalia.
Al final del viaje, encontraron la explicación del silencio de Syba.
Un oficial de alto rango acudió a recibirles al astropuerto de Maxamor.
—Su majestad me encarga les comunique que no desea verles bajo ningún pretexto —declaró fríamente—. Por lo demás, tienen una absoluta libertad de movimientos, excepto, claro, para acercarse a la residencia de la reina Syba.
—¡La han secuestrado! —gritó Tsalia impulsivamente. El oficial hizo un gesto de enojo.
—No hay en todo Maxamor un solo hombre capaz de poner la mano encima de su majestad —contestó orgullosamente.
A Kyne le pareció que el individuo era sincero. No obstante, se abstuvo por el momento de expresar sus opiniones.
El oficial se marchó. Tsalia se volvió hacia él, con los ojos llenos de lágrimas.
—Norman, ¿qué hacemos ahora? —preguntó, acongojada.
—Imagino que en la capital habrá lugares donde se puedan hospedar los forasteros, ¿no es así?
—Claro, hay buenos hoteles...
Kyne la agarró decididamente por el brazo.
—Vamos a buscar un hotel. Luego decidiremos nuestro plan de acción —dijo resueltamente.

CAPÍTULO XII

Tsalia se paseaba como león enjaulado. Cuando vio que se abría la puerta de su habitación, lanzó un grito de alegría y furia al mismo tiempo:
—¡Norman! ¡Por fin! Pero, ¿dónde te has metido todos estos días? Has estado cuatro días sin aparecer por aquí...
Kyne se echó a reír, al mismo tiempo que le pellizcaba

cariñosamente en la mejilla.
—He estado comportándome como un maxamariano auténtico... y también como un espía —dijo.
—No comprendo...
El joven se acercó a una mesita en la que había unas botellas y copas.
—El vino de Maxamor es excelente, aunque un poco flojo. Sin embargo, desata las lenguas y más si son femeninas —comentó de buen humor.
—¿Con quién has hablado? —preguntó ella.
—Quizá la conozcas —respondió él—. Se llama Yphis.
—Es la camarera de confianza de mi madre —dijo Tsalia, atónita.
—Exactamente.
—¿Qué te ha dicho Yphis?
—Oh, algunas cosas interesantes, pero, por lo que he podido deducir, Syba es también muy astuta y se guarda para sí los asuntos de más importancia. No obstante, he conseguido algo muy importante.
—¿Qué es, Norman?
—Esta noche, mejor dicho, mañana, porque ya habrá pasado la media noche, Yphis me abrirá la segunda puerta de servicio del ala sur del palacio y me entregará el duplicado de una llave.
—¿Una llave? —se extrañó Tsalia.
—Sí, efectivamente.
—Pero si Yphis te abre...
—Necesitaré esa llave para abrir otra puerta.
—La que da a las habitaciones de mi madre, claro.
Kyne contempló al trasluz el contenido de su copa de vino. Luego se la llevó a los labios y, después de un buen trago, chasqueó la lengua apreciativamente.
—Cuando vuelva a la Tierra, me llevaré una docena de botellas —dijo—. Podré hacerlo, ¿no?
—Y hasta una docena de barriles, si tanto te gusta, pero aún no me has contestado...
Kyne apuró el contenido de la copa.
—La solución, después de la media noche, en la segunda

puerta secundaria del ala sur —dijo evasivamente.
—No sé si podré dominar mis nervios hasta entonces —se quejó Tsalia.
—Peor para ti —sonrió Kyne—. Tranquilidad es lo que necesitamos ambos y debes empezar a conseguirla a partir de ahora mismo.

* * *

Tsalia pensó que Kyne había elegido bien el lugar: apenas había luz y podían pasar desapercibidos perfectamente.
Sobre ellos se elevaban a enorme altura los muros de la fortaleza, que era, en realidad, la residencia de Syba. Kyne conocía la historia antigua de la Tierra y pensaba que pocas diferencias había con la actual de Maxamor y Rymur. Intrigas palaciegas, tal vez crímenes secretos, ambiciones de una reina madre...
—¡Uf! —murmuró, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.
—¿Decías? —preguntó Tsalia.
—No, nada, no te preocupes.
Momentos después, se encontraban junto a la puerta, situada en la base del muro. Era de sólido metal, mate, y aparecía cerrada.
—Abre —susurró Tsalia.
—Aguarda, eso tiene que hacerla Yphis.
—¿Te costó mucho convencerla?
—Psé... —Kyne sonrió en la oscuridad—. No, no demasiado.
Tsalia sintió celos de pronto.
—Es muy guapa —dijo.
—Lo sé. Yo le resulté bastante simpático, a decir verdad.
—¿Siempre consigues de las mujeres todo lo que te propones?
—Según la mujer y según lo que desee. El procedimiento varía, claro.
—Con mi madre no lo podrás emplear. Es vieja y gorda.
—No pensaba enamorar a u madre. Para rendirla, emplearé otro método. Ya verás, ten un poco de paciencia.
La puertecita se abrió de repente. Una silueta apareció en el

umbral.
—Hola, Yphis —saludó Kyne, dirigiéndose hacia la maxamoriana.
Yphis avanzó un par de pasos. Tsalia se dio cuenta de que la camarera vacilaba.
De repente, Yphis emitió un hondo gemido y se venció hacia adelante. Kyne apenas si tuvo tiempo de recogerla en sus brazos. Entonces vio el mango del puñal que asomaba por el centro de su espalda.
—Ha sido... Bart...
La voz de Yphis era apenas un susurro ininteligible. De súbito, Kyne notó que ya sólo sostenía un cuerpo sin vida.
Un objeto que brillaba ligeramente cayó al suelo. Kyne depositó a Yphis sobre el suelo y recogió la llave.
Casi en el mismo momento, se oyó una voz a pocos pasos de distancia:
—¡No se muevan, están arrestados!

* * *

Tsalia lanzó un grito de temor. Kyne se volvió en redondo.
Cuatro hombres armados avanzaban hacia ellos. Llevaban pistolas, pero en aquellos momentos preferían usar unas espadas largas y rectas, de hoja tan fina como un estilete.
Una voz sonó irónica en el umbral de la puerta secundaria:
—Creo que ya se han acabado sus andanzas, ingeniero Kyne.
—¡Creigh! —exclamó la muchacha.
—Es mi nombre terrestre y me he acostumbrado a usarlo —dijo el sujeto—. Capitán, arreste a esas dos personas; ya sabe adónde debe conducirlas.
—Sí, señor —contestó el oficial que mandaba la pequeña fuerza.
Y avanzó hacia el joven, pero, en el mismo instante, Kyne desvió la hoja de la espada y le asestó un tremendo puñetazo.
Creigh lanzó un chillido de rabia:
—¡Mátenlo! ¡Maten a la muchacha!
—¡Alto ahí! —exclamó Tsalia—. ¡Soy la hija de Syba!

Los guardias, que ya se lanzaban hacia adelante, vacilaron un segundo. Kyne aprovechó la ocasión para saltar hacia la puerta.
—¡Ven, Tsalia!
Creigh lanzó un horrible juramento. Quiso sacar una pistola, pero la espada del joven le atravesó un hombro y le hizo tambalearse.
La estocada resultó demasiado penetrante y la espada quedó clavada en el hombro de Creigh. Kyne le agarró por la cintura y, elevándolo sobre su cabeza, a la vez que giraba sobre sus talones y le arrojó contra los guardias, que aún no se decidían a actuar.
Creigh dejó escapar un terrible alarido de dolor. Los cuatro hombres rodaron por el suelo en confuso montón.
Tsalia se lanzó hacia adelante. Kyne la dejó pasar y luego cerró la puerta de golpe. Había un grueso travesaño de metal y lo colocó cruzado, a fin de impedir la persecución desde el exterior.
—Ven, Norman —dijo Tsalia, echando a correr hacia una escalera situada a la izquierda de la entrada.
—No —contestó él sorprendentemente—. Por aquí. Tsalia le miró extrañada. Kyne hizo un gesto de impaciencia.
—¡Vamos, sígueme! —apremió.
Ella acabó por obedecerle. Kyne corrió a lo largo de un angosto pasillo, dobló un recodo y se acercó a una escalera que se hundía en las profundidades.
—Son los sótanos de palacio —dijo Tsalia—. Ahí se guardan armas y pertrechos para un caso de asedio...
—También se guardan otras cosas —contestó él intencionadamente—. Ahora, por lo que más quieras, no hagas ningún ruido.
Tsalia se percató de que estaba a punto de conocer algún secreto de importancia. Delante de ella, Kyne descendía la escalera de puntillas.
Había un descansillo a seis o siete metros del arranque de la escalera, que, a continuación, doblaba a la izquierda en ángulo recto. Kyne se asomó con gran cautela.

El centinela que se paseaba tranquilamente delante de una puerta, se llevó una enorme sorpresa al sentirse aferrado por el cuello. Quiso gritar, pero el brazo de Kyne le sofocaba.
Minutos después, Kyne depositaba en el suelo un cuerpo inanimado. Acto seguido entregó a Tsalia una llave y le indicó la puerta.
—Abre —dijo escuetamente.
Ella obedeció. El hombre que estaba sentado en un sucio camastro, se puso en pie, con sonoro tintineo de cadenas.
—Estas no son horas de visita, reina Syba —dijo el prisionero.
—No es la reina, sino su hija, Tehdon —contestó Kyne.

* * *

Tsalia sentía que los ojos se le saltaban de las órbitas.
—Tehdon ... Pero, ¿por qué?
El prisionero se encogió de hombros.
—Pregúntale a tu madre, ¿quieres? —contestó displicentemente.
Tehdon ofrecía un aspecto miserable, con las ropas raídas y destrozadas en muchas partes, y la cabeza y la cara cubiertas de abundante vello. Una cadena unía sus manos y otra sus tobillos y ambas, a su vez, estaban unidas por una tercera cadena en sus centros respectivos.
Tsalia cerró los ojos un momento, horrorizada por la visión que tenía ante sí. Luego, más calmada, se volvió hacia Kyne.
—Norman, explícame...
—Estos no son momentos de explicaciones —atajó el terrestre —. La llave de la puerta sirve también para las argollas.
Tsalia se aplicó a la tarea de soltar a Tehdon. Kyne dejó a un lado la bolsa que llevaba pendiente del hombro y que había conseguido conservar en la pelea y luego, saliendo al exterior, arrastró hasta la celda al inconsciente prisionero.
—Al menos, hay agua corriente en tu celda, Tehdon —dijo de buen humor—. En esa bolsa encontrarás tijeras y una navaja de afeitar. Supongo que por lo menos, querrás dejarte la cara limpia.

—Me parecerá mentira verme afeitado —rió el prisionero, ya libre de sus cadenas.
—Cuando hayas terminado, cambia tus ropas por las del centinela —indicó Kyne.
Tsalia se sentía aturdida. Casi sin saber lo que hacía, se sentó en el camastro.
—Norman, ¿por qué hizo esto mi madre? —preguntó.
—Me odiaba —dijo el propio Tehdon.
—A Ebynia la engañó. Le dijo que tú habías muerto...
—Una muestra más de su sadismo. ¿Sabes que venía a diario a visitarme? Ella, en persona, me traía la comida. Me divertía mucho con sus visitas, te lo aseguro: pasaba media hora llamándome de todo... ¡Y había que escuchar el lenguaje que empleaba!
El vello de la cara de Tehdon iba cayendo mediante enérgicos tijeretazos. Kyne había tenido incluso la precaución de llevar un espejo.
—No acabo de creer que mi madre... —dijo Tsalia—, Siempre fue muy enérgica, pero... llegar a estos extremos...
—Yo soy la prueba, ¿no? —contestó Tehdon—. Créeme, no le deseo a nadie los cinco años que he pasado en el fondo de esta mazmorra. Ni siquiera a la propia Syba. Por cierto, está guapísima. Nadie diría que tiene ya cincuenta y dos años.
—¿Qué dices, Tehdon? —exclamó la muchacha, atónita—. Cuando yo la dejé, pesaba ciento veintidós kilos.
—Hombre, no es que ahora sea una pluma, pero, comparada con lo que era antes, resulta muy atractiva. Ya sabes que aquí las mujeres llegan a la ancianidad todavía sin una arruga y que las personas que viven ciento treinta años son la mayoría. Es obra de su esposo, el doctor Oxkolt, creo.
—No conozco a ese doctor Oxkolt...
—Es un buen médico, en todas las especialidades. Ha conseguido que tu madre perdiese la mitad de peso, le arregló la piel que, lógicamente colgaba por todas partes... Ya te digo, casi parece una jovencita. Y, claro, agradecida, entregó su mano a Oxkolt.
Tsalia se pasó una mano por la frente.

—Creo que me voy a marear —dijo débilmente. Kyne estaba junto a la puerta. De pronto, lanzó una exclamación:
—Atención, viene el relevo.

CAPÍTULO XIII

Otro centinela se acercaba aburridamente, por el corredor. Al ver que faltaba su compañero, miró, alarmado, en todas direcciones.
La puerta de la celda se abrió ligeramente. Una mano asomó, haciendo señas disimuladas.
—Ven, tú.
El centinela picó. La mano se transformó en un puño que golpeó con terrible violencia.
Kyne arrastró al interior al segundo soldado.
—¿Te falta mucho, Tehdon? —preguntó.
—Ya termino —contestó el aludido—. Por cierto, tú no eres de Maxamor...
—No, no lo soy, pero ya hablaremos luego.
De pronto, Kyne reparó en algo que colgaba del cinturón del segundo soldado. Se inclinó y tomó con las manos aquella cajita que parecía un lápiz de sección cuadrada, de doce centímetros de largo por dos de lado.
—¿Es un arma? —preguntó.
—Un transmisor de radio —explicó Tsalia—. Convendría ponerlo en funcionamiento, Norman.
—Hazlo tú —contestó Kyne, entregándole el aparato—. Y vuélvete de espaldas; Tehdon y yo vamos a cambiarnos de ropa.
Tsalia acató la indicación. Tehdon terminó de afeitarse y empezó a quitar las ropas a uno de los centinelas.
—¿Qué medio empleaba Syba para visitarte, Tehdon? —preguntó Kyne.
—Su ascensor privado. Está al fondo del corredor y da directamente a sus habitaciones.
—Muy bien, nosotros subiremos por allí.

—Tsalia, ¿qué sabes de Ebynia? —preguntó Tehdon de pronto.
—Está bien y soltera —se anticipó Kyne a la respuesta de la muchacha—. Puedo garantizarte que sigue más guapa que nunca.
—Tengo unas ganas locas de verla —dijo evocadoramente.
—Pronto la verás —sonrió Kyne.
De pronto, Tsalia extendió la mano. —Silencio, por favor —pidió.
Una voz brotó del transmisor de radio:
—Doctor, el terrestre y Tsalia han conseguido entrar en palacio. Vigile el ascensor privado. —Descuide, general.
Tsalia miró, consternada, a los dos hombres. —Oxkolt también...
—Vaya con el bueno de Creigh. Oficial de marina en la Tierra y aquí nada menos que general —comentó Kyne jovialmente—. ¿Listo, Tehdon?
—Cuando quieras —contestó el aludido.
Salieron de la celda, cuya puerta cerró la muchacha.
Kyne se dirigió hacia el ascensor. —Tsalia, haz que baje —ordenó.
La muchacha hizo funcionar el aparato. Segundos más tarde, vieron la señal de llegada.
Tsalia se dispuso a abrir la puerta, pero Kyne sujetó su mano.
—Reenvíalo arriba —dijo.
Ella, aunque extrañada, obedeció. Kyne agregó: —Será mejor que nos apartemos de aquí.
Momentos después, escucharon un sordo zumbido y luego un tremendo estrépito.
—¡El ascensor ha caído! —exclamó Tehdon.
—Es justamente lo que buscaba el general Creigh...
La voz de Oxkolt sonó de pronto en el transmisor: —General, ya han terminado sus preocupaciones —informó.
—Gracias, doctor. Es usted un amigo de los buenos. Tsalia volvió los ojos hacia Kyne.
—No comprendo cómo el esposo de mi madre...
—Forma parte de la pandilla de Creigh, eso es todo —declaró Kyne tranquilamente—. Y ahora, será mejor que nos

marchemos. Tsalia, tú en el centro y sin despegar los labios.
—Sí, Norman.
Momentos más tarde, se tropezaron con una patrulla.
El jefe se dirigió a Kyne.
—Es la hija de...
—Lo sé, señor. Tengo órdenes estrictas del propio general de conducirla a su presencia —mintió Kyne.
—¿Qué ha sido del terrestre?
—Murió en el ascensor. Iba a subir solo a las habitaciones de su majestad.
—Ah, bueno. Sigan, adelante.
—Sí, señor.
Momentos después, ganaban la puerta y alcanzaban el exterior.
—Pero no subimos a las habitaciones de mi madre —se extrañó la muchacha.
—Ahora resultaría peligroso. Saben que tú te has salvado y que Tehdon está libre. La cámara de tu madre está más vigilada que nunca y aún se redoblará la vigilancia cuando examinen el ascensor y vean que no hay ningún cadáver en su interior.
Habían llegado ya a la puerta secundaria. Kyne la abrió y comprobó que no había nadie en las inmediaciones.
—Sí ahora subiéramos a ver a tu madre, no tendríamos tiempo de escapar —concluyó Kyne sus alegatos—. Volveremos otro día.
—También habrá vigilancia reforzada...
—Pero, entonces, yo habré ideado un plan que me permita solucionar de una vez y para siempre este asunto —respondió el joven tajantemente.

* * *

El hombre descendió de su caballo mecánico y entró en la casa. Una hermosa mujer salió a recibirle y ambos se fundieron en un apasionado abrazo.
Kyne dejó su caballo mecánico a pocos pasos. Todavía tuvo tiempo de ver a la pareja, estrechamente abrazados y prodigándose toda clase de caricias.

—Vaya par de volcanes —comentó para sí, jovialmente.
Tuvo que esperar un buen rato. En algunos momentos, hubo de volver la cara a otro lado. Finalmente, el hombre se puso en pie.
—Debo marcharme —dijo.
—No sabes cuánto lo siento, querido —se lamentó ella.
—Es preciso ser pacientes. Esto acabará dentro de muy poco.
—El tiempo se me hace infinitamente largo...
—Tenemos tiempo de sobra —rió él—. ¿Has preparado la dosis?
—Sí, por supuesto. Aguarda un momento.
La joven se dirigió al interior de la casa y volvió a los pocos minutos con un frasquito de forma alargada en la mano.
—Hay para diez días —dijo.
—Necesitaré más —declaró él.
—¿Cuánto?
—Tres dosis. Veinte días más, en total. No puede ser menos, querida.
—Mañana empezaré a prepararlas —sonrió ella—. Pero no te concedo más de un mes.
—No pasaré de los treinta días —aseguró el visitante rotundamente.
Y se dirigió a la puerta, junto a la cual se despidió de la joven con un apasionado beso.
Kyne se agachó. El doctor Oxkolt pasó casi por su lado sin verle, montó en su caballo mecánico y partió a toda velocidad.
Kyne dejó transcurrir todavía unos minutos. Luego se incorporó y avanzó hacia la puerta. Golpeó con los nudillos y esperó a pie firme.
La puerta se abrió de golpe y la joven apareció bajo el dintel:
—Lvurr, ¿te olvidas algo? preguntó.
—Doctora Vyra, lamento informarle que no soy el doctor Oxkolt —dijo Kyne, con la sonrisa en los labios.
La joven se quedó sin habla durante unos segundos.
Cuando al fin reaccionó, preguntó:
—¿Quién es usted?
—Norman Kyne, doctora. Terrestre, para más señas. Supongo

que el doctor Oxkolt le habrá hablado alguna vez de la Tierra, ¿no es así?
Vyra no sabía qué decir. Kyne la empujó suavemente hacia el interior.
—Tenemos que hablar, doctora —manifestó.
Ella, de súbito, pareció presentir algún peligro y se abalanzó sobre un videófono cercano. Más rápido, Kyne saltó con el suficiente impulso para golpearla en un costado y arrojarla dando vueltas por el suelo.
—¿Por qué me ataca? —preguntó Vyra con los ojos llenos de lágrimas.
Kyne señaló el diván. —Siéntese —ordenó.
Vyra obedeció, no sin dificultades. Kyne descubrió una botella y copas.
—Buen vino —elogió, después de haber tomado un trago—. Supongo que, dentro de poco, se lo servirán sus camareras en palacio, ¿no es así?
—No sé lo que quiere decir —contestó Vyra irguiendo el busto.
—El doctor Oxkolt ha estado aquí durante casi dos horas. Renuncio a describir lo que he visto, porque todavía conservo un mínimo sentimiento de pudor, cosa que, al parecer, desconocen ambos.
Vyra palideció espantosamente. Después de otro sorbo de vino, el terrestre, implacable, prosiguió:
—Pero que un hombre casado sostenga un devaneo fuera del domicilio conyugal no es grave, hasta cierto punto, ni cosa nueva, tampoco. Mucho más grave es cuando esa relación se ha trabado con fines criminales.
—No sé lo que quiere decir —contestó Vyra—. Oxkolt y yo éramos colaboradores desde hace tiempo, mucho antes, incluso, de que se casara con Syba.
—Profesor y ayudante, ¿no?
—En efecto.
—Y la relación sigue, aunque ya no se trata de un mero devaneo. Ahora es una relación criminal, doctora.
—Me está insultando...
Kyne sacó una pistola y la colocó junto a la mesa.

—Es terrestre —mintió—. Dispara proyectiles que allí llamamos «de la verdad». El que recibe uno no sufre apenas daño, pero, a los pocos momentos, todas sus inhibiciones quedan liberadas y contesta sin vacilar a cuanto se le pregunta. Sólo tienen un inconveniente: son progresivos. ¿No entiende lo que quiero decirle?
Vyra no contestó. Kyne, impasible, añadió:
—Progresivo significa que, a las pocas horas, empieza un proceso irreversible de estupidización. En pocas palabras, antes de que acabe el día, el paciente se convierte en un vegetal viviente..., tan vegetal, que como no haya nadie a mano para darle de comer o de beber, se muere de hambre y de sed.
A Vyra se le saltaban los ojos de las órbitas. Sentía un terror espantoso, que incluso, a veces, le hacía castañetear los dientes.
—¿Qué... qué quiere que le diga? —preguntó desmayadamente, al cabo de unos momentos.
—Todo, doctora.
Vyra bajó la cabeza. Estuvo callada unos instantes y luego empezó a hablar.
Los informes que Kyne obtuvo fueron muy interesantes. Cuando ella hubo terminado, se dispuso a abandonar la casa.
—Espere un momento —rogó Vyra.
—¿Sí, doctora?
—¿Cómo ha sabido que Oxkolt y yo...?
Kyne sonrió maliciosamente.
—Muy sencillo: cuestión de paciencia, de buenos informadores... y de seguir todos los pasos de su amante —respondió.
—Y ahora, irá a palacio y...
—Sí, justamente.
Vyra hizo una profunda inspiración.
—No puedo impedírselo —dijo, a la vez que se apoyaba en una consola de exótica factura.
Kyne volvió la espalda. De pronto, oyó un ligero ruidito.
Velozmente, giró de nuevo en sentido contrario. Vyra, con los ojos llameantes de furia, sacaba una pistola en aquel instante.

Kyne disparó antes. Vyra lanzó un débil grito inacabado; los efectos del proyectil disolvente eran casi instantáneos.
Una apestosa nube de humo invadió el ambiente.
Kyne meneó la cabeza.
—No, no era una pistola terrestre —murmuró—. Allí no usamos proyectiles... contaminantes.
Volvió a dar media vuelta y abandonó la casa.

CAPÍTULO XIV

—El problema ahora no estriba en entrar en palacio, sino en el medio que emplearemos —dijo Kyne.
—No se me ocurre ninguno —confesó Tehdon.
—¿Tsalia?
La muchacha se encogió de hombros.
—Un caballo mecánico..., pero no pueden elevarse a más de un metro del suelo. Sus mecanismos carecen de la potencia necesaria para ganar una altura mayor —declaró.
—Los aeromóviles no abundan y todos son, además, propiedad del gobierno —dijo Tehdon—. Prácticamente, son astronaves con capacidad de realizar viajes interplanetarios, no interestelares, claro; pero aún así sería dificilísimo conseguir uno de esos vehículos.
—¿Qué velocidad puede alcanzar un caballo mecánico? —preguntó Kyne.
—Teóricamente, ilimitada —respondió Tsalia—. Su velocidad está limitada por las molestias que el viento desplazado por la marcha pueda causar al jinete. —Entiendo. Intentar la entrada disfrazados o mediante otro ardid resultaría poco menos que imposible. Me imagino que la vigilancia será más feroz que nunca y que examinarán a todo el que entra y sale con infinita atención.
—Puedes darlo por seguro, Norman —dijo la muchacha.
—Tal vez haya otra solución —apuntó él pensativamente.
—¿Cuál? —preguntó Tehdon.
—Syba reina, pero no gobierna. Por tanto, debe de tener un

gabinete ministerial o algo así.
—Por supuesto —admitió Tsalia.
—Se trata de una conspiración de vasto alcance, cuyo objetivo, paradójicamente, está en mi planeta. Es posible, incluso, que todos los ministros sean partidarios de Oxkolt y de Creigh, pero, razonablemente, ¿no habrá alguno fiel a la reina?
Hubo un momento de silencio. De pronto, Tsalia dijo:
—Sólo se me ocurre un nombre, Norman.
—Habla —invitó él.
—Perhud, ministro de Aprovisionamientos. Es de los más antiguos en el gabinete y yo recuerdo haber oído a mi madre ponderar su fidelidad en infinidad de ocasiones.
—Es posible que, en el gabinete, quede algún ministro leal —convino el joven—. ¿Tiene tu madre facultades para despedir a los ministros y nombrar otros?
—Por supuesto, pero hay una especie de Cámara ante la cual debe justificar su decisión. Si la Cámara no la aprueba, la destitución del o de los ministros, queda sin efecto.
—Naturalmente, cuando Syba toma una decisión semejante, suele apoyarse en sólidos argumentos. Pero, ¿cuáles podría presentar ahora? —dijo Tehdon.
Kyne se mordió los labios.
—No, no es tampoco solución —dijo, meneando la cabeza—. Tenemos que buscar otra solución.
—Como no dimitan en bloque... y dadas las actuales circunstancias, ninguno dimitirá. Naturalmente, no se les puede inducir a presentar la dimisión —terció Tehdon.
Kyne calló. Continuaba buscando en su mente la idea que el permitiese llevar a cabo sus propósitos.
De repente, chasqueó los dedos.
—¿Cuándo es la próxima reunión del gabinete ministerial? —preguntó. .
—Dentro de tres días. Suelen reunirse decenalmente, a partir del mediodía.
—¿Sala abierta o cerrada?
—Cerrada, claro. Las deliberaciones son secretas, aunque no así los acuerdos que se toman en ellas.

—Bien —sonrió Kyne—. En tal caso, creo que he dado con la solución. Naturalmente, ello depende de la fidelidad del ministro Perhud. Si éste me falla... entonces habrá que tomarse las cosas por la tremenda.
—Estoy seguro de que no te fallará —dijo Tsalia esperanzadamente.

* * *

El consejo de ministros se reunió puntualmente. Quien no solía ser puntual era Syba, pero esto era ya algo a lo que los ministros estaban acostumbrados y no les extrañó.
Syba tardó cosa de media hora después de que le anunciaron que el gabinete en pleno estaba reunido. Cuando llegó, los efectos del gas, ya se habían disipado.
Entonces, tras los primeros saludos, el primer ministro se puso en pie y anunció la dimisión en pleno del gabinete.
—Ah, muy bien —dijo Syba, no sin cierta sorpresa—. Espero que hayan meditado bien su decisión, caballeros.
—Sí, señora —respondió lacónicamente el primer ministro.
—Bien, en tal caso, procederé a buscar sus sustitutos y proponerlos más tarde a la Cámara. Les agradezco la fidelidad y devoción que han mostrado siempre hacia Maxamor y hacia mi persona.
Aquel mismo día se anunció públicamente la dimisión de todos los ministros. Creigh y Oxkolt estaban juntos y su desconcierto fue enorme.
—Esto es imposible —exclamó Creigh—. Precisamente ahora...
—El anuncio ha sido hecho en persona por mi esposa —dijo Oxkolt muy preocupado—. ¿No se tratará de un golpe de Estado?
—En todo caso, planeado y ejecutado con infinita astucia.
—¿Por quién, Bart?
—Sólo hay una persona que haya podido hacerlo, doctor.
—El terrestre.
—Justamente.
—Pero no sabemos dónde está. ¿Se habrá ido con Vyra?

Dicen que las mujeres se vuelven locas por él...
Creigh soltó un bufido.
—No diga tonterías, doctor —gruñó—. Kyne se cargó a la doctora, simplemente.
—Pero eso no puede ser...
—Cuando una persona recibe un proyectil disolvente, desaparece sin dejar el menor rastro. No venga a decirme ahora que Vyra se fugó con el terrestre; era demasiado sensata para dejarse alucinar por una aventura amorosa, sabiendo las perspectivas que tenia ante sí.
—Ese hombre es muy listo, infernalmente listo —se quejó Oxkolt.
—Todos los listos dejan de serlo un día y Kyne no será la excepción a la regla —dijo Creigh con rostro ceñudo—. ¿Cuándo dice que hará efecto la droga, doctor?
—Ahora tendré que aplicarme yo a elaborarla —contestó Oxkolt lastimeramente—. Vyra era una valiosa ayuda, me evitaba ese trabajo...
—Muévase, hombre —gruñó Creigh—. Merece la pena que se tome un poco de molestia, pensando en lo que llegará luego. Y entonces, además, podrá sustituir a Vyra sólo con chasquear los dedos. No parece sino que esa condenada Vyra fuese la única mujer de Maxamor.
Oxkolt no dijo ya nada. En medio de todo, y aunque le doliese la muerte de Vyra, Creigh tenía razón: había más mujeres en Maxamor.
—¿Qué hará usted, mientras tanto? —consultó.
—Simplemente, dedicarme a buscar a ese maldito Kyne, aunque para ello tenga que levantar todo el pavimento de la ciudad —contestó Creigh de pésimo humor.

* * *

—Te buscan por todas partes —dijo Tehdon al entrar precipitadamente en la casa.
—¿Cómo lo sabes? —preguntó el terrestre.
—Me lo han dicho algunos de mis amigos. Además, yo he visto

infinidad de patrullas por todas partes. Creigh está dispuesto a acabar contigo.
Kyne endureció el gesto.
—Y yo con él —contestó—. Nunca podré olvidar las siete mil personas que murieron de golpe por su codicia..., ni tampoco a Yphis. Son crímenes que deberá pagar inexorablemente.
—No podrás acercarte a él —dijo Tsalia—. Está tan bien protegido que no conseguirás situarte siquiera a mil metros de distancia.
—Un caparazón de guardaespaldas, ¿eh? —sonrió Kyne—. Bien, cuando alguien busca un techo para protegerse, se le puede poner bajo el chubasco sólo con sacarlo al aire libre.
—¿Vas a provocarlo? —preguntó Thedon.
—Algo por el estilo. Hoy mismo, al atardecer.
—¿Qué haremos nosotros mientras tanto? —preguntó la muchacha.
—Simplemente..., esperar e imitarme después.
—¿Cómo?
—Los caballos mecánicos están listos, creo.
—Revisados a conciencia —aseguró Thedon.
—Bien, en tal caso, no hay sino que emprender la marcha hacia la ciudad. Yo me dirigiré al palacio inmediatamente; vosotros podéis seguirme a una distancia prudencial.
Kyne se puso en pie y se encaminó hacia la salida.
Tras unos segundos de vacilación, Tsalia y Thedon acabaron por imitarle.
Hasta entonces, habían permanecido escondidos en una casa situada a cierta distancia de la capital, propiedad de uno de los amigos de Thedon. Kyne había juzgado que seguir en el hotel ya no resultaba conveniente.
El terrestre montó a horcajadas en el aparato. Movió el bastón y el caballo mecánico se separó del suelo.
El bastón de mando, en posición de parada, estaba vertical. El puño era giratorio en un sentido u otro, lo que servía para acelerar o frenar. Tirando del mismo hacia sí o hacia adelante, el aparato se levantaba o se inclinaba, con objeto de salvar los pequeños obstáculos que pudiera hallar a su paso.

Al mismo tiempo, ladeándolo a derecha e izquierda, se conseguían los virajes, tanto más ceñidos cuanto mayor era la inclinación de la palanca. Kyne pensaba que, en el viaje de vuelta a la Tierra, se llevaría un par de caballos mecánicos, no sólo con objeto de usarlos, sino también de estudiarlos y extender su empleo entre los terrestres.
Media hora más tarde, avistaba la fortaleza donde residía Syba.
Había una enorme cantidad de soldados patrullando en torno al edificio, todos ellos armados con sus inevitables y decorativas lanzas, que también podían ser mortíferas. Aunque llevaban pistolas, casi nunca las usaban, dado lo reducido de su alcance.
Un oficial salió a su encuentro.
—Eh, tú, ¿adónde vas? —preguntó.
—Quiero ver a la reina —contestó Kyne.
—Imposible. La reina no concede audiencias estos días.
—A mí me recibirá —dijo el joven, sonriendo.
—Eres un insolente. Lárgate antes de que te eche de aquí a palos.
—Te guardarás muy bien de tocarme, estúpido. ¿Sabes con quién estás hablando?
El oficial alargó un poco el cuello, para escudriñar mejor el rostro de su osado interlocutor. Tsalia y Thedon contemplaban la escena desde una distancia prudencial.
De repente, el oficial lanzó una exclamación: —¡Tú eres...!
—Exactamente, soy Norman Kyne —corroboró el joven con pasmosa tranquilidad.

CAPÍTULO XV

El oficial se volvió para lanzar un alarido de advertencia:
—¡Kyne está aquí...!
Pero no pudo seguir adelante; una fuerza irresistible le hizo saltar de su montura, dando volteretas por los aires.
Kyne había lanzado su caballo mecánico hacia adelante, dándole el máximo de impulso. Con la pierna izquierda, había

golpeado el costado del oficial, derribándole por tierra.
Aceleró aún más. El viento rugió en sus oídos.
Los soldados, desconcertados, tardaban en reaccionar. Kyne se acercó velozmente al muro, cuya altura no era inferior a los cien metros.
Tsalia lanzó un chillido de espanto:
—¡Se va a estrellar!
En el último instante, Kyne «encabritó» su caballo mecánico, poniéndolo completamente vertical. El aparato, sin perder apenas velocidad, pareció vacilar un poco, pero en seguida, al acercarse más al muro, reanudó su marcha rectilínea y vertiginosa, ahora hacia arriba y en medio de la estupefacción de todos los presentes.
Thedon lanzó un grito de júbilo, al comprender los motivos del éxito de aquella singular maniobra, nueva totalmente para los maxamorianos.
—¡Ven, Tsalia, sígueme, a toda marcha!
Los guardias no habían salido aún de su asombro.
Cuando quisieron reaccionar, dos jinetes más trepaban verticalmente a medio metro de la muralla.
Kyne había llegado ya al coronamiento del muro.
Dos guardias corrían hacia él, blandiendo sus lanzas.
Uno de ellos se adelantó a su compañero. Kyne ya se había apeado y esquivó el primer lanzazo, apoderándose del arma a continuación, tras asestar a su dueño un terrible puntapié en un muslo.
El soldado, gritó y flaqueó. Kyrie le golpeó en la mandíbula con la rodilla y lo hizo caer desvanecido.
Hubiera podido atravesarlo fácilmente, pero le disgustaba verter la sangre de unos individuos que meramente obedecían órdenes, sin tener la menor idea de la intriga que se desarrollaba en el palacio. Su interés no estribaba en matar gente, sino en desenmascarar a los traidores.
El otro soldado fue golpeado por el morro del caballo mecánico de Thedon, que aparecía en aquel momento. El hombre rodó dando volteretas por una larga escalera, quedándose inmóvil al pie de la misma.

Tsalia había llegado también.
—Tienes que guiarnos hasta las habitaciones de tu madre —dijo el terrestre.
La muchacha asintió.
—Sí, ven —contestó.
Corrieron los tres a lo largo del muro y descendieron a una terraza ajardinada, al final de la cual había una enorme vidriera, de varios metros de altura por casi cincuenta de longitud.
—Allí, Norman —indicó Tsalia.
Había dos hombres armados paseándose rítmicamente frente a la cristalera. Thedon aprestó la lanza arrebatada al soldado de vigilancia del muro.
Kyne extendió una mano.
—No —dijo—. No lo hagas, a menos que sea absolutamente necesario. Tsalia, tú eres la hija de Syba.
La muchacha hizo un signo afirmativo, porque comprendía el sentido de aquellas palabras. Con paso resuelto, caminó hacia los guardias, quienes, al verla venir, se detuvieron y cruzaron sus lanzas en actitud significativa.
—No se puede pasar —dijo uno de ellos. Tsalia alzó el mentón.
—Soy la hija de Syba —declaró orgullosamente—. Nadie puede prohibirme el paso.
Los guardias vacilaron. Antes de que pudieran tomar una decisión, una de las vidrieras se descorrió y Syba apareció en la terraza.
—Tienes razón, hija; nadie puede prohibirte a ti el paso hasta mis habitaciones —dijo.

* * *

Kyne se acercó lentamente. Syba era una mujer que, si tenía cincuenta años como decía, no aparentaba más allá de treinta y cinco años, aunque, para su gusto, la encontró un poco exuberante.
«Claro que si antes pesaba ciento cuarenta y ahora sólo pesa la mitad, el cambio vale la pena, se dijo.
Syba le miró inquisitivamente.

—He oído hablar mucho de tu audaz amigo —continuó—. Los informes que tengo de ti no son como para sentir alegría.
—¿Puedes decir lo mismo de mí, reina Syba? —preguntó Thedon, haciéndose visible súbitamente.
—¡Thedon! —gritó Syba.
—El mismo, señora.
Syba parecía desconcertada.
—Pero..., ¿dónde has estado todo este tiempo? ¿Por qué no está Ebynia a tu lado?
—Me maravilla tu cinismo, Syba —dijo Thedon coléricamente —. Día tras día, durante cinco años, has estado disfrutando de la visión de un hombre encadenado en una celda, llevándole tú misma la comida..., y dejándole a veces sin comida ni agua durante varios días ... y todavía preguntas dónde he estado ... Me maravilla tu cinismo, repito, aunque, a decir verdad, de ti ya no debiera asombrarme nada.
—No entiendo en absoluto lo que quieres decirme, Thedon —contestó Syba, desconcertada, no menos que la muchacha.
En cambio, Kyne sonreía maliciosamente.
—Tú no querías que yo me casara con Ebynia ni que ella ocupase el puesto de Directora de Rymur —acusó Thedon.
—Claro que no, pero en vista de que los acontecimientos estaban en mi contra, no tuve otro remedio que resignarme. Me costó una grave enfermedad y gracias puedo dar a mi esposo, el doctor Oxkolt; de lo contrario, no lo estaría contando ahora.
—Pero, madre, Thedon ha estado encerrado en una celda durante cinco años —exclamó Tsalia—. Norman y yo conseguimos liberarlo. ¿Cómo puedes hablar de esa manera?
—Es muy sencillo: ella lo ignoraba —intervino Kyne. Tres pares de ojos se volvieron hacia él inquisitivamente.
—Sí —confirmó el terrestre—: narcotizada, aunque solamente en lo referente a Thedon, si bien no descarto que también haya podido estarlo respecto a otros asuntos de importancia. Narcosis parcial, dirigida, así se puede calificar el estado en que ha permanecido durante cinco años..., y que aún le dura, todo hay que decirlo.

* * *

Syba se pasó una mano por la frente.

—Me... parece increíble... —murmuró—. Yo…, yo no recuerdo nada de lo que dice ese hombre… Nunca te vi desde que te marchaste a Rymur, Thedon.

—Jamás viajé a Rymur —dijo el aludido—. Me encerraron en lo más profundo del palacio y tú bajabas todos los días a visitarme.

—Pero, si eso es cierto, ¿quién me daba el narcótico?

—Tu esposo, señora —acusó Kyne—. Ahora ya, y yo mismo pude escucharlo, se disponía a asesinarte, para ocupar tu puesto. Hubieras fallecido de muerte natural, un colapso, por ejemplo, y nadie lo hubiera puesto en duda.

—¿Quién te lo dijo?

—Yo mismo averigüé algo en persona y, además, estuve hablando con la que en un principio era colaboradora suya en el laboratorio y ahora era también su amante. Ella era quien elaboraba el narcótico que, no sólo te hacia ignorar el encierro de Thedon, sino que, incluso, servía para obtener por tu parte decisiones políticas que a él y sus cómplices podían resultar les beneficiosas.

Syba parecía aturdida.

—Hija, ¿es cierto lo que dice ese hombre? —preguntó con voz débil.

—Si, madre —corroboró la muchacha, impertérrita.

—Aún hay más —siguió Kyne, a la vez que extraía de sus ropas una ampolla de vidrio—. Tsalia, busca una copa, por favor.

La muchacha cruzó la vidriera abierta y entró en el gran salón que había al otro lado. Syba miró al terrestre con expresión interrogante.

—Uno de los amigos de Thedon es un buen médico —explicó Kyne—. Después de explicarle lo que sucedía, me proporcionó algo que podríamos llamar contra narcótico. Antes de diez minutos, recordarás perfectamente todo lo que el doctor Oxkolt te hizo realizar bajo la narcosis dirigida y de lo que no guardas

memoria en absoluto.

Tsalia volvió con la copa. Kyne vertió en la misma el contenido de la ampolla y se la entregó a Syba, quien la bebió sin vacilar.

—De todas formas —dijo a continuación—, no acabo de comprender los motivos de mi esposo. Es un buen médico; yo era monstruosamente gorda y me convirtió en una mujer nueva. ¿Por qué tenía que hacer todo esto?

—Tú te casaste con él por gratitud, madre —declaró Tsalia—. Pero el hecho de que sea un buen médico, no obsta para que también sea sumamente ambicioso.

—Y todo ello está relacionado con el combustible que se suministra en Rymur a las astronaves y del que se carece en Maxamor casi por completo, porque no existe en su suelo apenas la materia prima con el que se elabora —dijo Kyne.

—Eso no lo sabía yo —confesó Syba.

—También hay relación con Océana, la ciudad submarina de la Tierra. Hace muchísimos años, una expedición maxamoriana llegó a mi planeta y se encontró con que apenas existía la vida humana, destruida casi en su totalidad, después de un gran conflicto bélico.

»Los expedicionarios buscaban combustible, fácil de elaborar y barato de obtener. Lo hay en gran abundancia, bajo el subsuelo de Océana; naturalmente, poner en funcionamiento las plantas de elaboración no fue cosa de un día, sino de innumerables años de trabajo incesante.

»Era, simplemente, querer competir con Rymur, lo cual me parece lógico y admisible. Lo que ya no es tan admisible son los procedimientos empleados para conseguirlo, no sólo con los rymurianos, sino también con los propios oceanitas, en su inmensa mayoría empleados en la obtención del combustible, a los que año tras año, generación tras generación, se ha mantenido en el mayor de los engaños, diciéndoles que la superficie de la Tierra seguía aún peligrosamente contaminada. Hasta que alguien descubrió accidentalmente la existencia de Océana, por lo que iba a ser eliminado, y alguien, también, quiso comprobar personalmente la contaminación de la superficie de mi planeta, y advirtió el engaño.

»Por dicha razón, Tsalia quería traer a Maxamor una prueba viviente de sus alegatos, la prueba de que la gente vivía sin peligro en la superficie de la Tierra. Se equivocó de persona, pero no me parece que lo lamente mucho.
Tsalia sonrió.
—En absoluto, Norman —admitió.
—Naturalmente, si los oceanitas hubieran descubierto que no había el menor riesgo en vivir sobre la superficie de la Tierra, habrían exigido abandonar inmediatamente la ciudad submarina. Vivir unos días o incluso algunos meses en Océana puede resultar agradable, pero no siempre, sin esperanzas de ver la luz del sol. Y si los oceanitas subían a la superficie, ¿quién trabajaría en las fábricas de combustible?
—Todo eso es absolutamente correcto, Norman Kyne —sonó de pronto una voz dura y metálica—. Lo peor, para usted, es que no va a poder repetirlo fuera del palacio.

* * *

Kyne se volvió tranquilamente, mientras las mujeres gritaban. Bart Creigh y el doctor Oxkolt avanzaban hacia la pareja, empuñando ambos sendas pistolas cargadas con proyectiles disolventes.
—Nunca creí que mi propio esposo fuese capaz de hacer una cosa semejante —dijo Syba, dolida.
—Ese hombre te ha engañado —exclamó Oxkolt—. Ha estado contándote una serie de historias absurdas y sin sentido, destinadas a captar tu voluntad...
Syba meneó la cabeza.
—No, en absoluto. Ya recuerdo perfectamente todo lo que he estado haciendo durante todos estos años. Los efectos de la narcosis dirigida, que tú mantenías cuidadosamente en mi cerebro, han desaparecido por completo. No hay engaño, no, no lo hay, de ninguna manera, Lvurr Oxkolt.
El doctor Oxkolt se puso lívido. Creigh apretó los labios.
—¿Cómo lo ha conseguido, Kyne? —preguntó.
Kyne soltó una risita.

—Empleando los mismos procedimientos, por supuesto —contestó—. Incluso utilicé un narcótico para lograr la dimisión de un gabinete ministerial en el que, con una sola excepción, todos sus miembros eran marionetas de ustedes dos. El ministro Perhud, al conocer la verdad, se prestó muy gustoso a colaborar. Y lo hizo con toda eficacia, preciso es reconocerlo. Y agradecérselo, claro.

—Ahora lo nombraré mi primer ministro —dijo Syba. Los dientes de Creigh rechinaron.

—Ha conseguido burlar la vigilancia, Kyne —manifestó—. No comprendo cómo pudo salvar cien metros de muro vertical.

—Oh, muy sencillo. Alguien me habló de que, en los motores antigravitatorios de un caballo mecánico, hay una especie de reflexión de ondas paramagnéticas. Lo mantienen sobre el suelo, a una altura comprendida entre los cincuenta centímetros y un metro y, automáticamente, hacen que salve ciertos obstáculos sin especial relieve. Pero nadie dijo jamás que esa reflexión, que se efectúa verticalmente, cuando el aparato se mueve en sentido horizontal, no pueda actuar horizontalmente, si el caballo mecánico se mueve en sentido vertical ascendente.

»Los efectos de ese elemento del motor son siempre los mismos, cualquiera que sea el grado de inclinación del suelo contra el que se reflejan sus ondas. Por tanto, probé a «subir» por un muro vertical..., y aquí estoy.

—No por mucho tiempo —dijo Creigh, furioso, a la vez que levantaba su pistola.

Pero se había olvidado de Thedon, quien todavía conservaba la lanza. Thedon cargó a fondo y el hierro penetró por completo en el costado derecho de Creigh, de modo que la punta asomó por el otro costado.

Creigh lanzó un espeluznante alarido. Su mano se movió convulsivamente y, de súbito, el arma se disparó.

Oxkolt estaba a su lado y recibió de lleno, el impacto. También gritó, pero su voz se calló antes, porque, en un segundo, se convirtió en una nauseabunda nube de humo.

Kyne contempló el yacente cuerpo de Creigh y meneó la cabeza.

—No lamentes haberte quedado viuda por segunda vez, Syba —dijo.
—Madre, siento mucho...
Syba no dejó que la muchacha continuase hablando.
Fue hacia ella y la abrazó impulsivamente.
—Tenemos muchas cosas que contamos, hija —murmuró.
—No será por mucho tiempo —sonrió Thedon.
—¿Por qué dices eso? —preguntó Syba, intrigada.
—Si no soy tonto, aunque lo haya parecido durante mucho tiempo, creo adivinar que Tsalia se marchará muy pronto de Maxamor. Tendrá que seguir a su esposo.
—¿Norman?
—Si, madre —contestó Tsalia, sonriendo.
Kyne carraspeó.
—Ejem... En realidad. no tengo mucha prisa por volver a la Tierra. Aquí se está bastante bien... aunque un día u otro tendré que regresar allí. Me gusta vivir en la Tierra.
—Hay tiempo para discutir esos problemas, muchachos —dijo Syba—. Pero, cuéntame, ¿cómo pudiste imaginar que Thedon no había muerto?
—Ebynia me dijo que nadie había visto su cadáver.
Podía haber ocurrido en efecto que Thedon hubiese muerto... pero, cuando el cadáver de una persona no aparece, y más en un caso de intriga como el presente, siempre existe la posibilidad de que esa persona no esté muerta y sí escondida en alguna parte.
—Tú lo acertaste. Norman —dijo Syba, muy complacida.
—Cuestión de suerte, señora.
—Pero, no entiendo, ¿por qué te tenían encerrado?
Hubiera sido más sencillo matarte desde el primer momento, Thedon.
—Era una baza en sus manos, para un caso de apuro... o para canjearlo a Ebynia por el cese como Directora de Rymur. Picaban muy alto —explicó Kyne—, y no sólo con el combustible de Rymur, sino con el que ya extraen en la Tierra, habrían disfrutado de un monopolio prácticamente absoluto en una vastísima región de la galaxia.

Syba meneó la cabeza.
—Un par de perfectos granujas —calificó.
—Y asesinos despiadados, sobre todo, Creigh —murmuró Kyne, pensando en los miles de vidas que se habían perdido en Océana.
Luego, de pronto, pasó un brazo sobre los hombros de Tsalia.
—¿Son muy complicadas las ceremonias del matrimonio en Maxamor? —preguntó.
Ella se echó a reír.
—Depende de la voluntad de los novios —contestó.
—Mi hija tendrá una boda fastuosa...
Kyne no dejó continuar a Syba.
—La boda será a gusto de Tsalia y mío —dijo firmemente—. ¿Qué te parece a ti?—consultó a la muchacha.
—Ese es un problema sobre el que no tardaremos en estar de acuerdo —respondió Tsalia.

FIN